

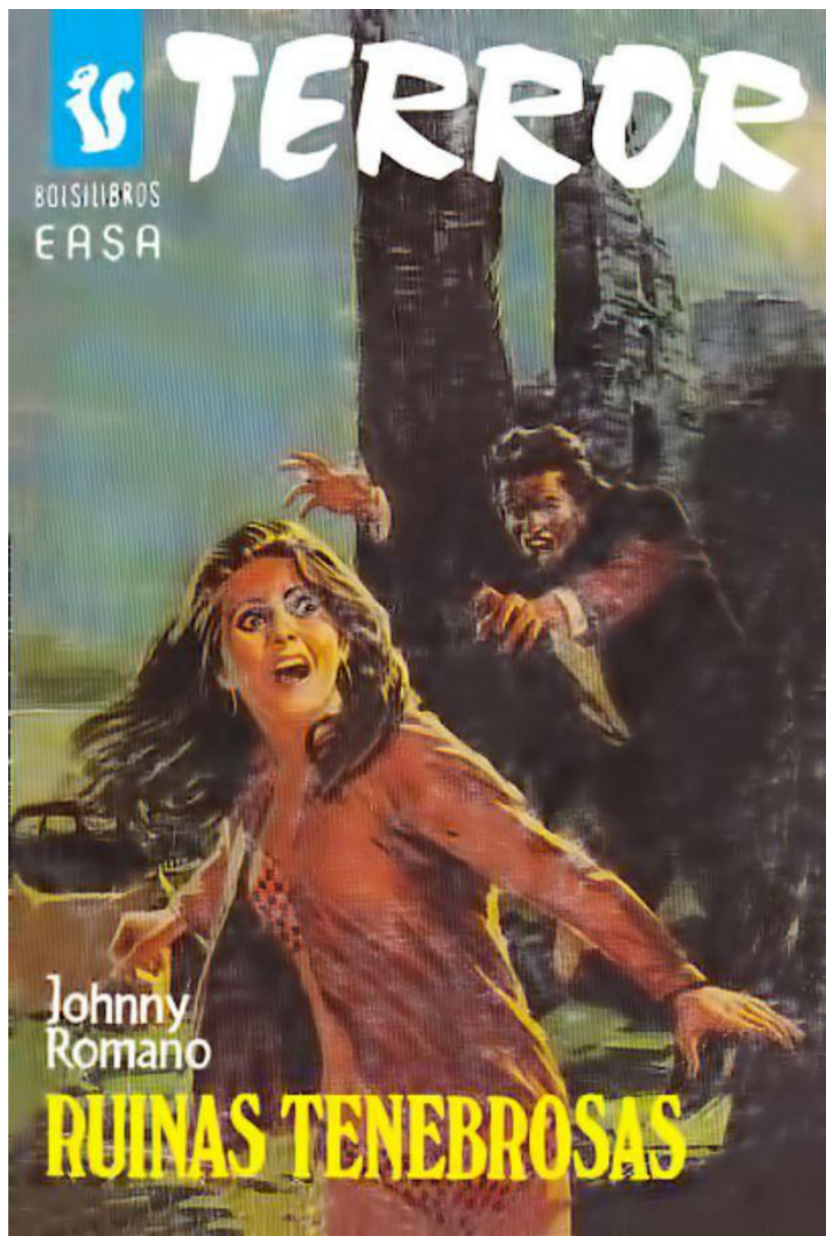


BOISILIBROS
EASA

TERROR

Johnny
Romano

RUINAS TENEBROSAS





TERROR



EDITORIAL ANDINA, S. A.

© **JOHNNY ROMANO**

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto. PINTO (MADRID)

Director responsable:

Gregorio Ovejero.

I. S. B. N. 84-06-02979-X

Depósito legal: M. 15.415 - 1981

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (Madrid)

RUINAS TENEBROSAS

Johnny Romano

TERROR

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPÍTULO 1

LAS ruinas del antiguo Fuerte Daventport se levantan en la llanura cercana a uno de los brazos del Lighorn, como un monumento glorioso a un pasado relativamente reciente de la conquista de las salvajes tierras del Oeste de los Estados Unidos.

Los restos de las paredes de ladrillo ensangrentadas por las cruentas luchas entre blancos y pieles rojas, forman parte de la historia general de América. Sin embargo, lo poco que queda en pie del fuerte no figura en ninguna guía turística del país, ni es de visita obligada para el viajero curioso... Y el paso del tiempo autodestruye lentamente lo poco que queda de aquel reducto otrora vital para la protección de las interminables caravanas que cruzaban la zona.

No lejos de aquellas paredes y próximo al río, no es difícil ver cómo se levantan tiendas de campaña y se instalan «roulottes». Algunos acampadores esporádicos eligen aquella zona de una belleza salvaje que en el lado occidental tiene como telón de fondo el impresionante pico del Gamet, de más de cuatro mil metros de altura.

La pequeña ciudad de Wyat, está situada a unos seis kilómetros al sur, entre frondosos bosques de coníferas. Es una localidad tranquila, con una extensa zona residencial diseminada por los cuatro puntos cardinales de lo que compone el centro cívico, donde están enclavadas las oficinas principales, casi todas dependientes de Cheyenne, la capital del Estado.

Las gentes, de trato amable y sencillo, se saludan al cruzarse por la calle o cuando se encuentran en el supermercado, cuyo propietario, Steve Carson, se ocupa personalmente de todo y tiene en todo momento una frase amable para las clientes, las cuales opinan que por su porte distinguido, Steve se parece más a un médico o a un abogado que a un tendero. Pero el negocio es el negocio y él sigue al frente del primer centro alimentario de la villa.

La familia de Carson la compone su esposa Jane y sus hijos pequeños, Johnny de cuatro años y Elaine de dos.

La noche de aquel caluroso sábado del mes de julio, como tantos otros

sábados, la mayoría de las familias se reunían con amigos para charlar y beber hasta la madrugada. Eran corrientes las borracheras moderadas en aquellos «parties» tan comunes a todas las pequeñas ciudades en las que la gente, para matar el tedio cotidiano, terminaban por aturdirse con los vapores alcohólicos.

Próxima la madrugada, en la ladera de una montaña, muy cerca de la carretera comarcal, a un par de kilómetros del centro, apareció el cadáver de una bella muchacha que aparentaba unos 18 años. Se llamaba Emma Kowak.

Su cuerpo resplandeciente de exuberante juventud había sido sádicamente maltratado. Se encontraba desnuda y ensangrentada. Parecía como si una garra la hubiese arañado desde el cuello hasta el vientre, hurgando de un modo especial en los senos extraordinariamente duros de la joven. Los pezones habían sido brutalmente pellizcados y estaban abiertos, sangrantes. Posiblemente el asesino había cometido abusos deshonestos con la infortunada. Este último detalle debería determinarlo la autopsia.

Alrededor de aquel lugar todo era calma y silencio, la vivienda más próxima se hallaba a un kilómetro y el tránsito por la carretera comarcal era nulo.

Cinco minutos más tarde, Steve Carson llegaba a la población a toda velocidad, conduciendo su automóvil blanco. En vez de regresar directamente a su vivienda residencial de Yellowstone Side, enfiló hacia el centro de la ciudad y no se detuvo hasta llegar a Cheyenne Street.

Cuando se apeó del coche a la 1.12 de la madrugada del domingo, se hallaba nervioso, agitado; no era el hombre normal y afable que conocían todas las clientes de su supermercado.

Se dirigió a la puerta número 7 de la calle y llamó insistentemente al timbre exterior.

Transcurrieron un par de minutos hasta que una voz adormilada contestó desde el apartamento del primer piso:

—¿Quién es?

—Abre, Mark, soy yo, Steve.

—Pero ¿sabes la hora qué es?

—Lo sé, lo sé, Mark. Perdona. Pero es un asunto muy grave.

—Está bien.

Se oyó el chasquido indicador de que la puerta estaba libre y Steve cruzó el umbral. Subió a toda marcha los escalones hasta llegar a la única puerta del rellano, donde en una placa de cristal podía leerse:

MARK DANIELS
ABOGADO

Mark era un hombre joven, como el propio Steve. Llevaba puesto el pantalón del pijama y su torso aparecía desnudo.

—Necesito una copa, Mark —dijo el recién llegado entrando en tromba.

—¿No has bebido bastante en la fiesta de los Wells?

—No estuve en la fiesta de los Wells —dijo, mientras se servía una generosa ración de *whisky* que trasegó de un solo golpe.

—¿Tocaba póker este sábado? —inquirió Mark sentándose en el diván.

—Sí —replicó débilmente Steve.

—Bueno... Si estás más tranquilo sepamos qué condenado impulso te ha obligado a despertarme a esta hora.

El recién llegado se sentó. Tras un silencio espetó:

—Emma Kowak.

—¿Emma Kowak? ¿Te refieres a esa muchacha que cuida de tus hijos cuando tú y Jane os reunís en casa de los Wells?

—Sí. La misma.

—Bueno. ¿Qué ocurre...?

El dueño del supermercado tragó saliva y al final explicó:

—La han asesinado. He visto su cuerpo, Mark. Es horrible.

—Pero... ¿qué estás diciendo?

—Mark... Tienes que escucharme. Nadie sabe nada, aún.

—Que me aspen si lo entiendo. ¿Dices que no lo sabe nadie?

—Todavía no, Mark y puede que pasen horas antes de que descubran su cuerpo.

El abogado lanzó un suspiro.

—Será mejor que me lo cuentes todo, amigo. Sigo sin entender nada.

—Verás. Yo regresaba a casa cuando de repente sentí una fuerte necesidad de... orinar. Me ocurre a menudo. Tengo cistitis. Bueno. Detuve el coche y me metí por el bosque, allí mismo, al lado de la carretera, anduve unos pocos metros y... Bueno, cuando terminé no sé por qué razón miré a mi alrededor; a poca distancia me pareció ver un bulto entre la maleza. Me acerqué y... ¡Allí estaba ella! La mutilaron horriblemente. Fue espantoso.

—¿Y no avisaste a la Policía?

Steve negó estúpidamente. Parecía como anonadado, incapaz de razonar por sí mismo.

—¡Debiste hacerlo, Steve!

—Sí. Lo pensé entonces, pero luego me dije que... podría convertirme en el principal sospechoso de esa muerte.

—¿Por qué?

—Bueno... Es que Emma y yo... —tras una pausa y con mejor disposición de ánimo Steve se desahogó—: Será mejor que lo sepas. Hace algún tiempo yo había bebido unas copas de más, me encontré a Emma por la calle, cerca de su casa y me permití algunas libertades que la

no molestaron mucho. La verdad es que no sé cómo pudo ocurrir, perdí la cabeza. Estábamos cerca de un bar y hubo un par de testigos. Emma me dijo gritando que nunca más fuera a buscarla para cuidar a mis hijos porque no pensaba volver a poner los pies en mi casa.

—¡Cabezota! —exclamó Mark.

—Lo sé, lo sé. Pero ya te digo que obraba bajo los efectos del alcohol. Lamenté aquello, porque aunque oficialmente las cosas no pasaron de ahí, es posible que Emma lo hubiera comentado. Luego estaban esos testigos... Y lo peor es que mi mujer... aunque nunca me habló directamente del asunto, pocos días después empezó a mirarme con recelo y no se extrañó en absoluto cuando cambiamos de chica en la primera ocasión que volvimos a salir.

—Comprendo tus razonamientos —repuso el abogado tras un breve silencio—. Pero si estuviste jugando al póker, tus compañeros podrán atestiguar la hora en que llegaste y en la que te fuiste, con lo cual quedaría probado, en el supuesto de que te vieses envuelto en el asunto, de que tú no has tenido nada que ver con el crimen.

—Es que... no estuve jugando al póker, Mark —confesó Steve con una ligera vacilación.

—¡Pero tendrás alguna coartada!

—¡No!

—¿Cómo qué no? ¿Qué has estado haciendo esta noche?

Un silencio.

—Steve... Si quieres que te ayude, debes confiar en mí —instó el abogado.

Por fin, el comerciante se decidió a hablar.

—Estuve con una mujer. Pero no puedo mezclarla en esto. Es una mujer... casada. ¿Comprendes la situación?

—Tú y tus líos de faldas.

—¿Y quién no los tiene? En fin... El caso es que yo no puedo dar el nombre de ella. No sería ético. No voy a destruir un matrimonio, ¿verdad, Steve? Y cuando se descubra el cadáver...

—Pero es que... ¿No te das cuenta? ¡Estuviste allí! Tal vez has dejado una pista. ¡Oh, Steve! Reflexiona. Con tu actitud no haces más que complicar las cosas. Todo estará en contra tuyo. Deberías llamar a la policía y...

—¡No! —atajó rápidamente Steve—. Ahora menos. Ha transcurrido un cuarto de hora, veinte minutos. Empezarían a preguntar por qué demoré la denuncia. Ya conoces a Lamber, parece inofensivo, pero cuando empieza a preguntar se pone quisquilloso. Es testarudo.

—Es su oficio, Steve. En fin, comprendo tu situación y llegado el caso cuenta conmigo para la defensa.

—Habría una solución mejor, Mark —sugirió Steve mirando a

hurtadillas al amigo—. Si tú quisieras. Verás, dejemos que alguien encuentre el cuerpo de Emma. Yo procuraré comportarme con naturalidad y cuando se comente me fingiré tan sorprendido como los demás. Y si me acusan diré, si tú me autorizas, que estuve pasando la noche contigo, charlando de asuntos legales... lo de la herencia de mi mujer, por ejemplo. Tú llevas el caso.

Mark se levantó, pensativo. Dio unos pasos por el salón y murmuró:

—No tendría inconveniente en ayudarte. Pero si se descubre que estuviste allí, me hundes. Te das cuenta, ¿no?

—Yo no dejé ninguna huella. Te lo juro.

Otra pausa durante la cual el abogado anduvo pensativo, pero al final accedió.

—Está bien. Eres un buen amigo. Sé que en conciencia no debería aceptar, pero no quiero ser la causa de que dos familias se destruyan... Aunque el culpable de todo seas tú, Mark. Me pones entre la espada y la pared.

—Eres el único amigo en quien puedo confiar.

Otro silencio antes de que el abogado preguntara:

—¿Te vio llegar alguien?

—No. A estas horas las calles están desiertas. No me crucé con nadie.

—Está bien. Te ayudaré en lo que pueda.

—Gracias, Mark. Sabía que podía confiar en ti —y le tendió la mano que el abogado rechazó.

—¡Bah! Déjate de pamplinas, aunque... el asunto es grave. ¿No te das cuenta? Muy grave, amigo. ¡Te metes en cada lío!

—¡Claro que me doy cuenta! Pero... ¿qué culpa tengo yo de lo que otro haya hecho?

—No se trata de la muerte en sí de esa pobre chica... sino de *quién la mató*. Nunca había ocurrido una cosa así en la ciudad. Nunca. Y según tú mismo has dicho, ese crimen es obra de un sádico...

Steve Carson asintió con la cabeza.

CAPÍTULO 2

LAS cuatro muchachas habían levantado una tienda de considerables proporciones cerca del río.

Paul Daufny, conductor del coche que arrastraba la «roulotte», tras colaborar activamente con el montaje de la tienda, volvió la mirada hacia el Fuerte Davenport y murmuró:

—¿No teméis a los fantasmas de los indios? —y como ninguna de las cuatro jóvenes contestara añadió—: Voy a echar un vistazo.

—Ahora no, Paul. Debemos ir a la ciudad a comprar provisiones para toda la semana. Empieza a ser tarde y tenemos hambre, ¿verdad, chicas?

La que hablaba era la pelirroja Connie, que aparentaba unos veinte años y parecía la de mayor iniciativa de todas.

Myrna Dallas, la benjamina —17 años—, gritó:

—Yo también quiero ir al pueblo. Quiero saber si hay algún lugar para poder ir a bailar por las noches.

—Siempre piensas en lo mismo, Myrna. Hemos venido de camping por una semana, para vivir al aire libre —terció Connie.

Pero Myrna insistió:

—¿Y no se pueden hacer las dos cosas? No vamos a pasarnos todo el día bañándonos en el río.

—Podemos buscar los fantasmas de Paul —adujo Melanie, la morena de pechos prominentes y piernas esculturales.

—Dejaos de idioteces. Si hay baile yo voy. ¿Verdad que me llevarás, Paul? —insistió Myrna.

—Claro que sí. No hay razón para que no nos divirtamos.

La más apasionada por la naturaleza parecía ser Debra, que se había puesto en bañador y se tendió sobre una colchoneta aprovechando el sol de la tarde.

—Si vais al pueblo, yo me quedo. Esto es maravilloso. ¡Estamos solos! ¿Os dais cuenta?

Efectivamente eran los únicos acampadores, los últimos se habían marchado dos días antes y ahora la llanura era exclusivamente de ellos.

Cuando el coche, conducido por Paul se dirigía hacia el pueblo, Myrna, erre que erre, recordó:

—Hoy es sábado, seguro que habrá baile en algún lugar.

—¡Y pensar que para esto hemos cruzado la frontera del Estado! —rezongó Connie—. Dos días viajando desde Denver. ¿Por qué no te quedabas allí, Myrna?

—La idea de venir hasta este lugar no ha sido mía —repuso ella—. Fue Paul quien lo propuso, ¿no? Le gustan los fuertes, por eso siempre va a ver películas del Oeste.

—¿Y qué hay de malo, «peque»? —terció él.

—Nada, siempre que sepáis respetar mi opinión. Si queréis que me quede en este desierto, me largo en el primer autobús —protestó tercamente la más joven—. ¡Y no me llames «peque»!

—¡Tranquila, chica! Estás a mi cuidado, no lo olvides. Eres menor de edad —recordó Paul, que apenas había alcanzado los veintidós años.

—En ideas soy más inteligente que tú, bocazas —terminó Myrna, mientras el automóvil con matrícula de Colorado seguía avanzando en dirección a Wyat.

En la población, al sábado siguiente del horrible crimen, la gente todavía seguía hablando del asunto. Un coche patrulla de la Policía se había detenido por aquellos alrededores tres días antes y sus ocupantes descubrieron el hecho macabro cuando el cadáver de la infortunada joven había empezado a descomponerse.

La voz se corrió enseguida y conforme a las previsiones, el *sheriff* Lamber, un hombre cuarentón de mirada plácida pero actitudes enérgicas, empezó la investigación dirigiéndose en primer lugar al domicilio particular de los Carson.

Steve, que más o menos supo disimular su sorpresa, mostró su repulsa por el hecho y al serle preguntado abiertamente dónde estuvo la noche del crimen no vaciló en responder que se hallaba en casa del abogado Mark Daniels.

La autopsia tuvo que ser practicada en Cheyenne. Estableció el día de la muerte de Emma Kowak y debido al tiempo transcurrido, la hora del crimen se situó entre las 9 de la noche del sábado y la una de la madrugada del domingo. La víctima había sido violada después de haber recibido un primer golpe. La muerte sobrevino por estrangulación y la mutilación del cadáver, al parecer, había tenido lugar después de cometerse el crimen.

Steve Carson pudo probar que el sábado anterior había permanecido hasta las 10 en su casa en compañía de su familia y que a esa hora tomó el coche para dirigirse a casa del abogado, donde permaneció charlando hasta la 1.30 de la madrugada del domingo.

Mark Daniels corroboró la declaración del tendero, por lo que cualquier

o sospecha que pudiera recaer sobre su persona quedó automáticamente descartada.

El *sheriff* Lamber apuntó hacia los posibles campistas de la llanura del fuerte, pero como esos marcharon justamente el día en que se descubrió el cuerpo de Emma, ya no fue posible interrogarlos. No obstante, uno de los agentes, hablando su jefe, informó:

—Eran tres matrimonios. Dos de ellos con hijos. Tengo anotado el número de las matrículas de sus coches. Eran de Cheyenne. El otro matrimonio estuvo solo dos días. Procedían de California, eran gente mayor, de más de cincuenta años, hablé con ellos, recorrían todo el país y acampaban donde les apetecía. Me dijeron que seguían hacia el este y que probablemente su próxima etapa sería Nebraska. La verdad es que todos me parecieron gente normal.

—De todos modos investigaremos primero sobre esos matrimonios de Cheyenne —dijo Lamber—. Debemos acogernos a cualquier detalle por pequeño que nos parezca. Este crimen no debe quedar impune.

Más tarde, en el mismo snack donde Lamber solía comer, coincidió con el abogado Daniels y comentando el asunto murmuró:

—Mark, usted conoce a mucha gente en Wyat... ¿Cree de veras que ha sido alguien de aquí el que haya podido cometer ese crimen?

—Se hace difícil imaginarlo, Lamber.

—Sería horrible, Mark... que todas las mañanas estuviéramos dando los buenos días a un monstruo semejante; y sin embargo le confieso que tengo miedo a este respecto. En otras palabras. Temo que la solución de todo esto esté aquí, en la ciudad, y se me ponen los pelos de punta. ¡Un criminal de este talante entre nosotros! Creí conocer bien a mis conciudadanos, pero veo que estaba en un error.

Luego, Lamber se volvió hacia el abogado y como recordando algo dijo:

—Hay una cosa que no acabo de entender, y no me tome por un pesado, Mark... Se trata de ese horrible arañazo que destrozó prácticamente el cuerpo de Emma. No pudo haber sido hecho con las uñas. Al menos con unas uñas humanas. Parecía más bien una garra, una garra muy poderosa que le hizo trizas la piel.

—Pero la muchacha fue violada por un ser humano, no por un animal salvaje, ¿no? —comentó el abogado.

El *sheriff* no contestó, pensaba en la garra y en otra cosa.

—¿Y qué me dice del colgante de bisutería? Emma llevaba un colgante sin ningún valor. Lo llevaba puesto aquella noche, lo confirmó su madre, sin embargo, cuando la encontramos ya no estaba. ¿Lo quería el asesino como un trofeo? Todo me parece tan repugnante...

Entretanto, en el supermercado, Paul, Connie y Myrna efectuaban sus compras y hasta ellos llegaban palabras sueltas de los —en aquella hora— escasos compradores.

—Un crimen horrible...

—Dicen que el *sheriff* Lamber, interrogó al señor Carson.

—¿Es posible que sospecharan de Steve Carson?

—¡Oh! ¿Es que no sabes que tuvo algo con esa chica?

—¡No! Cuéntame, cuéntame...

A Steve le preocupaban bastante aquellos comentarios a media voz, aunque trataba de disimularlo y seguía sonriendo a todo el mundo como si la cosa no fuera con él.

Viendo que los tres excursionistas dudaban con respecto a determinada marca de leche, acudió solícito a aconsejarles.

Luego se presentó:

—Soy el propietario y deseo que todos mis clientes se marchen contentos aunque solo estén de paso. ¿Ustedes no son de aquí, verdad?

Paul le dijo que acampaban en la llanura cercana al Fuerte y Myrna aprovechó para preguntarle si había alguna sala de baile.

—¡Oh, sí! «La Estrella Azul» abre todos los fines de semana. Es el único local que tenemos. Esta es una ciudad pequeña, pero lo pasarán bien allí. Está dos manzanas más al sur, muy cerca de aquí —informó el propietario. Luego, les acompañó hasta la caja y les deseó una feliz estancia en la zona.

Más tarde, Myrna quiso convencerse por sí misma de la existencia de la sala de baile, conociendo exactamente su ubicación.

Pasaron con el auto que manejaba Paul ante el lugar y cuando se disponían a dar la vuelta para regresar al campamento, algo falló en el automóvil, que se detuvo, negándose a arrancar.

—¡Maldita sea! —exclamó Paul—. Seguro que son las bujías. Tendré que avisar a un taller.

Estaba frente al snack. El *sheriff* Lamber salía en compañía de Mark Daniels, del que se despidió en la acera.

Paul se acercó a ellos:

—Perdonen. Mi coche se ha fastidiado y necesito que le echen un vistazo. ¿Hay algún taller cercano? Estamos acampados a cinco kilómetros de aquí y necesitamos regresar.

—¿Cuándo han llegado? —preguntó el policía.

—Esta misma tarde. Hace cosa de un par de horas. Hemos venido a comprar provisiones.

Lamber les examinó ligeramente y luego indicó a Paul el emplazamiento del taller, añadiendo:

—Pero los sábados cierran pronto. No sé si podrán atenderles. Pruebe a ver. Depende del humor en que se encuentre el viejo Matt.

El viejo Matt no estaba de su mejor humor, pero accedió a arreglar el coche de Paul, aunque tardó tres horas en ello. La avería era más importante de lo que parecía y el hombre, muy meticuloso, quiso dejar el automóvil en perfecto estado.

Ya había anochecido cuando Paul, acompañado de las dos muchachas, regresaba al campamento.

—Pensarán que nos hemos perdido —decía Connie, mientras Myrna protestaba.

—Yo hubiese preferido quedarme en «La Estrella Azul».

—Teníamos que regresar, ¿no? —inquirió Connie agresiva—. ¿O es que no piensas en los demás?

—Si me hubiese quedado podríais haberme pasado a recoger más tarde o venir todos juntos.

—Ya está bien, Myrna —terció—. Una vez hayamos cenado decidiremos lo que haya que hacer.

Connie se alegró al distinguir la pequeña luz que indicaba la ubicación de la tienda y la «roulotte».

—¡Menos mal! —exclamó, lanzando un suspiro de alivio.

Pero apenas bajaron del auto comprendieron que algo no iba bien. Debra, la amante de la naturaleza, estaba llorando sentada en el suelo junto a la tienda. Ni siquiera se movió al verlos.

—Pero... ¿qué pasa? —preguntó Paul, yendo a su encuentro.

Debra seguía muda, con la boca temblorosa e hipando a consecuencia del llanto. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Parecía aterrada.

—¡Por el amor de Dios, Debra! —exclamó Connie—. ¿Qué es lo que ha pasado aquí? ¡Dilo! ¡Habla! —Luego, mirando a su alrededor añadió—: ¿Y Melanie?

Era inútil. Debra no soltaba prenda. Algo parecía haberla enmudecido.

Paul dio un rodeo por la desierta llanura. No había el menor rastro de la joven morena de formas opulentas. No. Melanie no estaba allí.

CAPÍTULO 3

EN la pequeña ciudad, el *sheriff* Lamber recorría las calles conduciendo su coche oficial. Al llegar a la zona residencial de Yellowstone Side aminoró la marcha, observando las diferentes casas rodeadas de jardín. En algunas reinaba animación. Lo normal en los sábados. Otras estaban a oscuras.

Se detuvo en la de Steve Carson, en la que brillaba una tenue luz. Bajó del auto y se encaminó hacia la puerta. Apenas hubo llamado apareció la joven Norma Track. Era una muchacha de 16 años que estaba al cuidado de los hijos de la familia. Norma había ocupado el puesto de Emma y no era aquel el primer sábado que estaba cumpliendo su cometido, que le permitía ganar unos dólares para sus gastos.

—¿Todo bien, Norma? —saludó el policía.

—Sí, señor Lamber. Estaba viendo la televisión.

—¿Los niños duermen?

—Sí, señor.

—Oye, Norma... ¿Estás contenta con este trabajo? Quiero decir, si los señores Carson se portan bien contigo.

—Lo normal. Bueno. Yo ya había cuidado niños en la casa de los Warner, pero la señora Carson me paga mejor y es muy generosa.

—¿Y el señor Carson?

—También. Me regala chicle. Tengo tanto que ya no necesito comprar.

—¿Hablas mucho con él?

—No. Me da las buenas noches, me pregunta si todo ha ido bien y nada más. ¿Por qué?

—No. Por nada. Curiosidad —miró de arriba abajo a la joven. Era bonita. En su cuerpo juvenil se estaba formando una mujer que no tardaría en tener pretendientes a montones. Era hermosa.

—Bueno... Me voy. Si llaman no abras la puerta sin antes preguntar, ¿eh?

—¿Lo dice por lo que le ocurrió a Emma Kowak, verdad?

—Hay que ser prevenido.

—¡Es horrible lo que le ocurrió! Cuando pienso en ello me entra mucho

miedo. ¿Quién pudo hacer una cosa así?

—Un loco, por supuesto.

—Le detendrá, ¿verdad, señor Lamber?

—Eso me propongo... cuando sepa quién es. Pero tú no te asustes. ¡Ah! ¿Quién te acompaña a tu casa?

—El señor Carson.

—Claro, es lógico. ¿Habláis durante el camino?

—Muy poco. Ya se lo he dicho.

—Bien, Norma. Que tengas una buena noche. Adiós, pequeña.

El policía volvió a su coche oficial y prosiguió su ruta. A dos kilómetros, en casa de los Wells, había mucha luz, y hasta el exterior se oían los murmullos de las conversaciones. Todos parecían hablar a la vez. Lamber pensó en lo mucho de rutinario que tenían aquellas fiestas y en la escasa, por no decir nula, diversión que podía encontrarse en la ciudad.

A través de los ventanales le pareció ver a Steve Carson hablando con otros dos hombres. Todos tenían una mano ocupada con el correspondiente vaso. A su modo, lo pasaban bien.

Continuó su ruta hasta llegar a la carretera, en la que se había cometido el crimen. Bajó del coche junto al bosque y caminó hasta el lugar donde fue hallado el cuerpo de Emma Kowak.

Una vez más —y con la ayuda de una linterna— buscó por el suelo. Era un trabajo inútil porque todo el entorno había sido batido intensamente y nada se encontró que pudiera constituir una pista.

Cuando Lamber puso nuevamente el coche en marcha, siguió por la carretera hasta un camino vecinal que rodeaba el bosque y llegó al llano. Entonces, decidió dirigirse a la zona de acampamento cercana a las ruinas del Fuerte.

Apenas bajó comprendió que su llegada no podía haber sido más oportuna.

Paul se dirigió hacia él, mientras las dos muchachas intentaban reanimar a Debra.

—Ahora iba a verle, señor. Ha ocurrido algo inexplicable. Nuestra compañera Debra está aterrada, apenas puede hablar y el caso no es para menos. Resulta inexplicable.

—¡Cálmese! ¿Qué les ha ocurrido?

—Melanie ha desaparecido.

—¿Melanie?

—Otra de las chicas. Ella y Debra se quedaron aquí mientras nosotros fuimos al pueblo a comprar las provisiones. Hablé con usted. ¿Recuerda? Tenía el coche averiado.

—Sí, lo recuerdo perfectamente, pero dice usted que ha desaparecido una muchacha. ¿Cómo?

Poco después, entre balbuceos, la asustada Debra repetía la historia.

—Yo me había quedado dormida. Melanie dijo que se tomaría un baño. La última vez que la vi salía del agua y se tumbó para secarse al sol. Fue entonces cuando debí dormirme. Cuando desperté, ella ya no estaba. La llamé varias veces, pero fue inútil. Pensé que quería gastarme una broma y que se había escondido en... —señaló las ruinas del fuerte. Luego añadió—: Fui hasta allí y la llamé otra vez. ¡Oh, Dios mío! ¿Cómo ha podido desaparecer?

Paul añadió:

—He estado mirando por todas partes.

—Aquí hay muy poco que ver —murmuró el representante de la ley alzando los ojos hacia la explanada.

La luna, con su brillo, iluminaba aquella llanura y sus rayos se reflejaban en el río. Al siluetear las ruinas del Fuerte daba a este una presencia fantasmagórica.

—Puesto que la vio salir del río no es posible que se hubiese ahogado, además que por esta parte apenas hay profundidad y la corriente es poco intensa.

—Lo he mirado bien —aseguró Paul.

El *sheriff* permaneció pensativo, como si asociara aquella desaparición con el reciente hallazgo del cuerpo de Emma. Luego, poniéndose en pie, dijo:

—A unos siete kilómetros río abajo, el cauce entra en la zona rocosa. Hay una depresión y se forma una cascada de varios metros. Es un lugar peligroso. Pero no creo que ella haya ido andando seis kilómetros.

—Por supuesto que no —admitió Paul—. Además, a Melanie no le gustaba andar mucho... Yo pensé más bien en las ruinas, pudo haber ido y caerse con algo, no sé. Estuve allí pero no hay nada. Quería estar seguro antes de venir a verle a usted.

—No se mueva de aquí. Echaré otro vistazo a esas ruinas, y entretanto pregunten a su amiga si ha visto pasar a alguien o si se ha acercado algún automóvil. Esa muchacha no puede haber desaparecido sola.

Se alejó hacia las ruinas, utilizando el coche que detuvo frente a la entrada del antiguo Fuerte. No existía ninguna puerta y parte de una de las paredes se había venido abajo.

En lo que había sido plaza principal en el interior de la edificación solo quedaban los restos carcomidos de una escalinata de troncos que ascendía hacia la parte alta, donde los soldados montaban la guardia oteando el exterior.

Abajo, quedaban restos de las edificaciones destinadas al cuerpo de guardia y despacho de los mandos. La vivienda de los soldados era solo una ruina y el lugar destinado a los caballos tenía la techumbre derrumbada. Lo único que había resistido algo mejor era el bar, aunque parte de la fachada ya no existía. Lamber subió el escalón y sus pies

hicieron crujir las carcomidas tablas de madera. Avanzó hacia el mostrador de roble. Detrás, en la pared, en tiempos hubo un espejo; ahora solo se veían los ladrillos. Una estantería vacía había resistido el paso del tiempo. Observó el único par de sillas que quedaban de los enseres. Ni una mesa, nada. Al fondo, un par de puertas. Lamber conocía bien aquello. Sabía que detrás de una de aquellas puertas estuvo la cocina; la otra, conducía a un almacén de provisiones.

La linterna que sostenía en la mano zurda iba iluminando cada uno de aquellos rincones oscuros, vacíos, desprovistos de vida.

Volviendo a la sala del bar, la luz se posó sobre un rastro de tierra amarillenta. Aunque no estaban muy definidas, aquello parecían huellas de pisadas. El propio Lamber las estaba dejando en su andar sobre el entarimado.

Cuando salió se dirigió a la parte opuesta del campamento y permaneció varios minutos rastreando el lugar. Encontró huellas de ruedas de automóvil. No estaban demasiado marcadas, por lo que el dibujo de los neumáticos quedaba desdibujado. Con su linterna siguió el rastro y dedujo que se internaban por la vera del río cubierta de hierba. Allí se perdía la pista.

Al regresar donde estaban los excursionistas llamó a Paul aparte.

—¿Por dónde llegaron ustedes?

—Por el sur. Colorad —e indicó la parte opuesta.

—¿Dio alguna vuelta con el coche alrededor del Fuerte?

—No, no señor.

—¿Está seguro?

—Completamente.

—Hay huellas. Parecen recientes. Marcas de neumáticos, pero son muy endebles.

—Si son recientes... quiere decir que estuvo alguien aquí... mientras nosotros nos hallábamos en la ciudad.

—Probablemente.

—Entonces... Melanie...

—Miren, me gustaría aconsejarles que se marcharan de aquí. Pero naturalmente no pueden hacerlo sin saber lo que le ha ocurrido a su amiga y esto es tarea de la policía. Llamaré a mis hombres para que den una buena batida... Esa muchacha no puede haber desaparecido. Lo que me gustaría es encontrarla viva.

Paul no pudo contener un escalofrío, pero el policía apeló a su hombría.

—Usted es el único hombre del grupo. Tenga los ojos abiertos. No quiero asustarle, pero tengo el deber de advertirle que hace una semana se cometió un crimen. Una muchacha fue brutalmente asesinada por los alrededores. Si lo estima conveniente no diga nada de eso a las chicas, no

las alarme inútilmente, pero cuando estén solos, procure que siempre quede alguien despierto. Mis hombres no tardarán en llegar. Voy a llamarles. Entretanto procuren descansar. Ya sé que esto va a resultarles difícil, pero nada más pueden hacer y sobre todo no se fie de nada.

Lamber había hecho la advertencia a Paul cerca de la «roulotte» mientras las chicas estaban en la tienda, pero una de ellas, Myrna, dejó a sus compañeras y al oír al policía dio la vuelta y estuvo escuchando. Luego, cuando Lamber se metió en el coche, surgió de la oscuridad, consiguiendo pegar un buen susto a Paul.

—¿Qué te estaba diciendo?

—¡Aah! Myrna... ¿es que te dedicas a espiar?

—Murió una chica... Él lo dijo.

—Está bien, pero no digas nada. En estos momentos debemos tener calma.

—¿Calma? ¿Y qué hay de Melanie? ¿Es que no van a hacer nada para encontrarla?

—Claro que sí.

—¡La habrán matado, Dios mío, la habrán matado!

—No grites.

Ya era inútil, porque Connie se había reunido con ellos. Estaba asustada.

—Tengo miedo, Paul.

—No es el momento. Anda, id todas con Debra. La policía se encargará de todo.

Debra estaba repitiendo:

—Yo dormía... No vi nada.

—El policía dijo que estuvo aquí un automóvil. Encontró huellas —dijo Paul—. Procura recordar.

—¡Te dije que estaba durmiendo! —y su estado provocó la crisis que degeneró en un ataque de histerismo.

CAPÍTULO 4

ERAN casi las dos de la madrugada cuando Steve Carson conducía en silencio su automóvil blanco en dirección a la casa de los padres de Norma. La muchacha, que había permanecido cuidando de los niños, iba sentada a su lado muerta de sueño.

—¿Estás muy cansada? —preguntó Steve, rompiendo el silencio.

—Cansada; no. Tengo un poco de sueño.

—Es natural. Mañana es domingo y podrás dormir. Mira, estamos llegando a tu casa.

Steve detuvo el automóvil junto a la cerca de madera que separaba la zona de césped de la entrada de la pequeña vivienda. En la parte trasera, los padres de la muchacha tenían un pequeño huerto y el olor penetrante de la tierra abonada se extendía por el entorno.

—Buenas noches, señor Carson —dijo ella, saliendo del coche—. Entraré por la puerta trasera, siempre está abierta.

—¿Quieres que te acompañe?

—No se moleste. Es aquí mismo.

—Me sentiré más tranquilo cuando sepa que estás dentro de tu casa. Soy responsable de ti.

Salió y caminó detrás de la joven, que rodeó el pequeño edificio de madera para llegar hasta el huerto. Allí, el olor del abono era más intenso y ella lo comentó.

—Su jardín huele mejor.

—Pero las hortalizas son más prácticas —sonrió Steve.

Norma saludó de nuevo y abrió hacia adelante la puerta de mosquitera para empujar la segunda puerta y desaparecer en el interior de la casa cuya luz encendió. Steve volvió a su coche, pero no marchó directamente a su casa, dio un rodeo para detenerse ante una cabina telefónica, desde la que efectuó una llamada. Cuando le contestaron del otro lado del hilo, dijo:

—Lo siento. Esta noche en la fiesta, delante de todos no pude hablar contigo. Todas las precauciones son pocas. Ya sé, ya sé que estás enojada

conmigo, pero es mejor que durante una temporada dejemos de vernos. Es por tu bien y el mío... ¡Claro que me gusta estar contigo! No seas tonta... Más adelante, sí más adelante. Te lo prometo. Todo volverá a ser como antes. Yo también lo siento, Agnes. Adiós, amor.

Colgó.

Al otro lado del teléfono, Agnes Shepard, la esposa del hombre que pasaba gran parte del tiempo viajando por motivos de su trabajo, se metió en el cuarto de baño. De un botiquín extrajo un frasco de cápsulas rojas. Engulló dos a la vez y a continuación se tomó un sorbo de agua.

Junto a la cama se quitó la transparente *négligée* y quedó totalmente desnuda. Se tendió en el lecho, con los puños prietos y los ojos impregnados de un extraño fulgor. Su respiración se hizo jadeante y todo su cuerpo se contorsionó. Pensamientos cargados de erotismo se apoderaban de ella y sus manos comenzaron a recorrer voluptuosamente su cuerpo.

* * *

Mientras el sueño reparaba los efectos de las borracheras más o menos intensas de quienes habían pasado las horas trasegando para conmemorar el fin de semana, el *sheriff* Lamber y sus hombres se hallaban cumpliendo con su deber.

Habían batido toda la zona del río de punta a cabo sin hallar el menor indicio de la muchacha desaparecida.

Con las primeras luces del alba dieron por terminado el exhaustivo esfuerzo y Lamber se reunió con Paul, alzando los hombros con un gesto de impotencia.

—Lo siento. De momento no puedo darles ninguna noticia, pero Melanie aparecerá. Le doy mi palabra. No pegaré un ojo hasta dar con ella. ¿Quieren avisar a los padres de la chica?

Paul lo pensó unos instantes antes de contestar.

—Creo que sería mejor esperar para poder darles algún dato concreto. Sé que ellos sufrirán mucho cuando lo sepan.

—Es natural, hijo. Es natural. Bien... si mientras estoy fuera ocurre algo... cualquier cosa por insignificante que te parezca, vienes a comunicármela, ¿eh? Y manteneos siempre agrupados. Que nadie se quede solo. Mis hombres vendrán a echar un vistazo de cuando en cuando.

Aquel mediodía, nadie del grupo tenía apetito. La joven Myrna había perdido las ganas de bailar y en general todos estaban deseando verse lejos de allí, pero se resistían a irse sin saber lo que le había ocurrido a Melanie.

Una sicosis de terror invadía aquellas cuatro mentes juveniles y Paul había dejado de bromear con los fantasmas del Fuerte.

A media mañana, Connie se había metido en el agua para ahuyentar el

calor sofocante. Debra permanecía en la tierra, postrada sobre el colchón con la mirada perdida hacia lo alto. Myrna estaba tendida sobre el césped, tratando inútilmente de concentrar su atención en la lectura de una de esas revistas que hablan de las intimidades de los ídolos del momento.

Paul tenía la mirada fija en las ruinas del Fuerte. Era como una obsesión o tal vez un presentimiento. Como si una fuerza irresistible le empujara hacia aquellos muros derruidos, se puso en pie y dijo:

—Vuelvo enseguida.

Myrna levantó los ojos de la revista y recordó:

—El señor Lamber dijo que no nos separáramos.

—Solo voy allí. Estáis las tres, ¿no? Si pasa algo, gritad... Ahora estamos en pleno día.

A la luz de aquel sol abrasador parecía imposible que una mano asesina pudiera actuar contra nadie. Para llegar hasta ellos a través de la explanada, quien quiera que fuese, tendría que ser visto a mucha distancia.

El automóvil gris metalizado apareció cuando Paul se hallaba ya en el interior de las ruinas del Fuerte.

—¡Eh! —gritó Myrna llamando la atención de Connie, que salió del agua.

El automóvil dejó la carretera para seguir en línea recta hacia la orilla del río, justo donde estaba instalada la tienda de camping.

El miedo se apoderó de las dos jóvenes. La visita de un desconocido, aunque fuera a pleno sol, después de lo ocurrido, les producía escalofríos pese al calor reinante.

El auto aminoró la marcha. Los rayos solares al chocar contra el cristal parabrisas ocultaban el rostro del conductor.

—Creo que voy a llamar a Paul —murmuró Myrna aproximándose a la tienda.

La única que permanecía insensible era la desquiciada Debra, cuya lasitud seguía siendo total.

El auto, a marcha lenta, hacía crujir la tierra y Connie, aterida de un intenso frío, corrió para situarse junto a la no menos asustada Myrna.

Cuando el automóvil se detuvo, las dos muchachas aguardaron inmóviles la presencia del conductor, pero nadie salía.

—¡Paul! —llamó Myrna sin poder contenerse.

Su voz no llegó hasta las ruinas, en el interior de las cuales, el joven se encaminaba hacia la antigua sala o despacho de oficiales.

El coche seguía detenido ante la mirada expectante de las dos jóvenes.

—¡Paul! —volvió a llamar Myrna cuando este estaba ya en el interior del despacho, que solo había visto alumbrado por su linterna la noche anterior.

Allí se conservaba la vieja mesa tras la cual algún coronel en más de una ocasión debió enfrentarse con problemas graves que resolver.

Al fondo se encontraba la puerta que comunicaba con las dependencias de la vivienda y en lo que fuera dormitorio había una colchoneta de espuma que sin duda debió ser utilizada muy posteriormente por algún excursionista que prefirió dormir bajo techado.

Tras examinar todo aquello, Paul salió por la puerta privada de la vivienda para dirigirse al bar.

Junto al río, la puerta del coche gris metalizado se abrió lentamente.

—¡Paul! —gritó esta vez Connie con voz quebrada, porque estaba temblando por dentro.

Cuando apareció la mujer del interior del coche, las dos muchachas respiraron aliviadas.

Sin saber por qué, una mujer les inspiraba menos temor que un hombre y mucho más si esa mujer, joven todavía, poseía un buen porte y vestía un modelo sencillo pero caro.

—Hola —saludó—. Me llamo Agnes.

En la pequeña ciudad, todo el mundo la hubiese identificado como la esposa del viajante.

Agnes avanzó hacia Connie y Myrna y añadió:

—He venido para tomar un baño. Me gustaría vivir en una tienda como vosotras. Adoro el agua fría del río. Templa los nervios y es un «relax» para el cuerpo. Pero ¿qué os pasa? Parecéis... asustadas.

—Anoche desapareció una amiga nuestra. ¿No lo ha oído comentar?

—No. Acabo de levantarme y he venido directamente. Lo lamento. Pero... ¿cómo pudo desaparecer?

—La Policía lo está investigando —dijo Myrna.

—La encontrará. El *sheriff* Lamber es muy eficiente. ¿Estáis solas?

—Paul está en las ruinas —dijo Connie.

—Bueno. Es que me gusta bañarme desnuda. Espero que a Paul no se le ocurra venir —sonrió y se quitó el vestido bajo el cual llevaba únicamente las prendas más íntimas, de las que se despojó rápidamente, mostrando un cuerpo del cual podía sentirse orgullosa. A sus senos duros y turgentes unía una silueta cincelada, sostenida por un par de piernas realmente esculturales. Su aterciopelada piel brilló al recibir los rayos del sol y ella, con su andar majestuoso, se dirigió hacia el río donde su cuerpo se hundió hasta la altura de los pectorales. Luego, dio unas brazadas meciéndose en las cristalinas aguas.

—Si ahora sale Paul, tendrá un buen espectáculo —comentó maliciosamente Myrna.

Media hora más tarde, Agnes salió del agua. Se secó con una toalla y mostró voluptuosamente sus intimidades sin el menor recato.

—¿No estoy mal, verdad? —comentó, segura del impacto que su presencia producía en las jóvenes.

Ellas no contestaron. Aquellas formas engreídas de Agnes, la

superioridad de que hacía gala la hicieron perder varios enteros a los ojos de las muchachas.

Cuando se hubo vestido, se despidió de ellas.

—Espero que encuentren a vuestra amiga, pero tened cuidado. La semana pasada se cometió un asesinato. Parece que un sádico anda suelto.

Se metió en el coche y poco después arrancó levantando una gran polvareda.

—¡Vaya elemento! —murmuró Myrna—. Esa es de las que tragan. ¡Seguro!

Connie se encogió de hombros y luego comentó:

—¿No crees que Paul está tardando demasiado?

—No sé. ¿A ti qué te parece?

Quedaron silenciosas.

Luego, de entre aquellas paredes, surgió el grito estentóreo. Un alarido aterrador que sumió a las dos muchachas en un pánico cervical que las mantuvo mudas por espacio de varios segundos.

El grito indescriptible salido de entre aquellos muros cesó de repente y entonces, el silencio de la zona pareció mucho más profundo.

Cuando las dos jóvenes vieron el automóvil oscuro que partía del otro lado de las ruinas, todavía no habían conseguido reaccionar. Se miraron aterradas, indecisas, y sobre todo, temblorosas. Un miedo poco común las convulsionaba interiormente. Un horror que allí, a plena luz y en medio de la naturaleza, no parecía tener razón de ser.

CAPÍTULO 5

EL viejo doctor Holmes atendió personalmente a las muchachas en su propio consultorio, suministrándoles una buena dosis de calmantes.

El agente que las había llevado allí por orden del *sheriff* Lamber se interesó por su estado.

—No existe causa para que deban ser internadas. Lo único que precisan es un descanso, una buena cama y a dormir, pero no por supuesto en la tienda de campaña. De momento, pueden quedarse en la enfermería. Yo me ocuparé de ellas. Y ahora dígame, ¿qué es lo que ha ocurrido exactamente?

—Lo ignoro, doctor. Al parecer, el amigo que las acompañaba desapareció. Ellas dijeron que le habían oído gritar, pero no sé nada más. Lamber se ha quedado allí con Smithy y Brown. Iré a ver si me necesitan.

—Vaya tranquilo, muchacho. Ellas estarán bien aquí.

—Gracias, doctor.

El agente tomó nuevamente el coche oficial y regresó a la explanada cercana al río.

Lamber y dos de sus hombres acababan de registrar una vez más las ruinas.

—Aquí no hay el menor rastro. Si alguien ha atacado a ese joven, debió habérselo llevado. Ellas dicen que vieron un coche de color oscuro por esa parte —y señaló el lado opuesto a donde se hallaban las tiendas—. Naturalmente por la distancia no saben ni la marca del vehículo ni mucho menos el número de la matrícula.

—¿Y las huellas? —preguntó uno de los hombres.

—Son prácticamente irreconocibles. Además, aunque encontráramos perfectamente reflejado el dibujo de los neumáticos, no serviría de mucho. Hay cientos de coches en la ciudad que utilizan la misma marca. Por otra parte, la persona que conducía el vehículo pudo haberlo robado.

El mismo agente preguntó:

—Pero si de verdad atacó a ese muchacho, ¿qué motivos tenía?

—Eso es lo que no sabemos por el momento, pero... quizá fuese por

miedo... por temor a ser reconocido. Ese Paul pudo haber descubierto algo que comprometía al asesino —razonó el *sheriff*.

—¿Algo? Usted relaciona este asunto con el asesinato de Emma Kowak.

—Evidentemente. Desde aquella muerte han empezado a suceder cosas muy extrañas. Anoche esa chica, ahora un compañero suyo —y dirigiéndose al agente que había acompañado a las tres muchachas al consultorio del doctor preguntó—: ¿Qué tal se encuentran las otras?

—Parece que bien.

—Veremos si puedo conseguir que me den algún dato más. Que uno de ustedes se quede aquí. No creo que sirva de mucho, pero nunca se sabe.

Luego, ya caminando hacia el coche oficial, exclamó muy irritado:

—¡Maldita sea! La gente no puede desaparecer sin dejar rastro.

* * *

—¡Paul Daufny! —exclamó el abogado Mark Daniels cuando Lamber fue a comunicarle la noticia en su propia casa—. Yo conocía a su padre. Mi familia procede de Colorado. Viví en Denver hasta graduarme. El señor Daufny daba clases de geopolíticas en la Universidad. Me animó mucho cuando supo que quería ser abogado. Cuando mi familia se trasladó a Cheyenne y yo tuve que cursar mis estudios en la capital de este Estado dejé de verle. Y lo sentí mucho.

—¿Conocía a Paul?

—Le recuerdo de cuando era chico. Nos llevamos unos trece años. Yo tenía veinte cuando abandoné Denver. Pero me hubiera gustado saludarle.

—Temo que no podrá hacerlo, Mark... Y esto empieza ya a preocuparme. Por eso he venido a verle. Necesito su ayuda. De un modo extraoficial, por supuesto. Me gustaría resolver esto antes de que el alcalde Hollander regrese de vacaciones.

—Todo lo que sea hacer algo por ese chico me interesa.

—Por ese chico y por la ciudad.

—¿Qué cree que debo hacer?

—No lo sé de un modo concreto. Pero entre nosotros hay un maniaco y de todo lo ocurrido últimamente no tenemos el menor sospechoso... Cuando lo de Emma se me ocurrió pensar en Carson, por aquello que se dijo de él. Le supongo enterado.

El abogado asintió.

—Bien... Me equivoqué y me alegro porque Carson, sus líos aparte, es persona muy respetada aquí. Se le quiere. Usted le facilitó una buena coartada.

Mark pensó en la mentira que había dicho en lo referente a Carson, pero se guardó de comentarlo.

—Piense en alguien, Mark. En alguien que pueda llevar una doble vida.

Usted conoce algunos secretos de los habitantes de este lugar. Se le confían a usted. Es abogado y notario a la vez. Yo no le pido que traicione su secreto profesional, solo que piense... que dirija sus pasos hacia la persona que sea, aunque le parezca de una honradez intachable.

—No sé, Lamber, me pide algo difícil. De todos modos, estrujaré mi cerebro. Ahora, me gustaría ver a esas chicas.

El médico vivía dos calles más abajo. Era una residencia rodeada de jardín. Allí se dirigió Mark acompañado de Lamber, que también deseaba interrogar a las jóvenes.

Connie era la más entera de las tres y hacia ella fueron encaminadas las preguntas.

—No la importunen mucho. Solo tiene veinte años y ha sufrido un fuerte shock.

Los dos hombres asintieron y el viejo galeno les prestó su despacho, en uno de cuyos sillones se sentó la asustada Connie.

Lo único nuevo que pudo aportar y que Lamber desconocía fue la breve presencia de la señora Agnes Shepard.

—Se bañó desnuda —recalcó Connie—. Parecía muy orgullosa de lucir su cuerpo y hasta pienso que no le hubiera importado hacerlo delante del pobre Paul —y al nombrarlo, añadió, presa de pánico—. ¡Dios sabe lo que le habrán hecho!

Lamber quiso saber el tiempo transcurrido entre la marcha de Agnes Shepard y el momento en que oyeron el grito de Paul desde las ruinas del Fuerte.

—Fue muy poco después. No sé... Cinco minutos tal vez —respondió la muchacha.

—Pero antes... ¿Ninguno de vosotros había visto ese otro coche oscuro? Connie negó con la cabeza, añadiendo:

—Estábamos pendientes de esa mujer. Además, el Fuerte queda lejos.

—Pero el coche de ella sí le visteis llegar —insistió Lamber.

—Sí... Bueno, la verdad es que con ella nos sentíamos más seguras. Era como si Paul estuviera con nosotras. No debimos descuidarnos.

—Creo que Connie ha dicho todo lo que sabe —terció Mark Daniels—. Y necesita descansar. A propósito. Tengo una casa muy grande y sitio para todas, como supongo que el doctor necesitará la enfermería, si lo deseáis podéis venir a mi casa el tiempo que sea.

—Myrna quisiera volver a casa y Debra está como ausente, pero yo quisiera quedarme hasta que se aclare todo esto. No me hago a la idea de no volver a ver a Melanie ni a Paul.

—Haremos lo imposible por encontrarlos —prometió el jefe de la policía local.

En la calle, Mark se despidió de Lamber.

—Voy a iniciar mi trabajo. Por favor, no me haga preguntas. Voy a

moverme en un terreno un poco especial. Confidencial diría yo.

—Le doy carta blanca, Mark.

El abogado dirigió sus pasos al supermercado para hablar con Carson. Le dijeron que acababa de llegar y se reunió con él en el despacho privado del negocio. Estaban solos los dos. Carol, la joven oficinista, estaba en el cuarto contiguo.

—Por una repentina asociación de ideas he llegado a una conclusión tal vez equivocada, Steve. Pero del mismo modo que yo confié en ti, te pido ahora que confíes en mí. Tendrás mi máxima discreción. Te doy mi palabra.

Carson asintió.

—Se trata de tus amores extraconyugales con la persona con la que te hallabas el día que mataron a Emma Kowak.

—Sí. ¿Qué ocurre?

—Hay cien maneras de citarse con una persona en el lugar más insospechado, pero si la cita es en la casa de *ella* y por la noche, solo puede tener lugar si el *marido* está ausente. Aquí, los maridos se ausentan poco. No hay sitios donde ir y se ven condenados a hacer vida familiar... excepto los que están de viaje, como por ejemplo... Shepard.

Steve Carson guardó silencio.

—Si estoy equivocado, discúlpame, pero no me mientas. Sabes que puedes contar con mi discreción absoluta. Te lo he dicho.

—De acuerdo. Eres muy sagaz. Pero ¿a qué viene esto? ¿Puedes decírmelo?

—Estoy ayudando a Lamber en su investigación.

—¿No le irás a decir a Lamber que...?

—Calma —atajó el abogado uniendo un ademán a sus palabras—. Esto es confidencial. Yo no utilizo los mismos medios que la policía para investigar.

—¿Y a dónde quieres ir a parar?

—Te supongo enterado de lo ocurrido. Lo de esta mañana cerca de las ruinas...

—Sí, sí. Me lo han contado. Es increíble lo que está sucediendo.

—Increíble o no, tenemos que averiguarlo. Y es deber de todos, por el bienestar de la ciudad. Iré al grano. Agnes Shepard estuvo allí esta mañana. Habló con las chicas y se bañó en el río. Por cierto que lo hizo desnuda.

—Bueno... Agnes tiene una peculiar forma de ser.

—Eso es lo de menos. Ahora lo importante es saber quién iba en ese coche oscuro que vieron las chicas allí. Tal vez Agnes vio algo que pasara inadvertido a las muchachas... Tú podrías averiguarlo.

—¿Por qué no se ocupa Lamber de preguntarle?

—Conozco a la señora Shepard de un modo profesional y sé lo mucho

que le molesta que la interroguen. Tú has dicho que tenía una forma muy peculiar de ser, yo añadiría que además es desmesuradamente altiva. Contigo será distinto, puesto que intimáis. Arréglatelas como puedas para mostrarte interesado en ese coche oscuro. Si sabe algo, a ti te lo dirá.

—Bueno. Lo intentaré. Lo que ocurre es que últimamente no nos vemos. Tal como están las cosas, compréndelo.

—Arregla una entrevista con ella, lejos de la ciudad. Puedes ir a las montañas. Esto es prácticamente un desierto cuando uno se aleja unos cuantos kilómetros. Puedes ir en pleno día. A veces viajas para tus asuntos. A nadie le extrañará que lo hagas una vez más... Ya ves, te ofrezco la oportunidad de ser infiel a tu esposa. Si ella lo supiera...

—No bromees con esto, Mark.

—Perdona.

—De acuerdo. Lo haré.

—Cuanto antes, Steve. Esas chicas quieren una explicación a lo ocurrido y tienen derecho a ello.

Ya se iba, cuando se volvió recordando otra cosa.

—A propósito, Steve. ¿Tú... conocías mucho a Emma Kowak?

—¡Oh, no! Aquello que te conté fue un desliz lamentable...

—De acuerdo, pero indicativo de que la chica te gustaba.

—Bueno. Era un bombón. Por su edad era toda una mujer.

—¿La habías visto salir con alguien?

—Eso ya debió preguntarlo la Policía a sus padres.

—A veces los padres ignoran cosas... Incluso en una ciudad pequeña como esta. En cambio, un amante en potencia puede conocer ciertos detalles.

—¡Basta, Mark! Yo nunca fui amante de esa chica.

—Dije «en potencia». ¿No la seguiste ninguna vez?

—No. Por supuesto.

—Una última pregunta, Steve. ¿Qué hacías tú en la carretera donde murió Emma? Los Shepard no viven precisamente por aquella zona.

Tras un silencio durante el cual Steve palideció, repuesto al fin contestó lentamente.

—Es muy fácil. Di un rodeo. Allí cerca está la casa donde suelo reunirme con los amigos para jugar al póker de cuando en cuando. Si alguien veía mi automóvil por aquel sector no podía extrañarse en absoluto porque yo había dicho a todo el mundo que iría a jugar al póker.

—¡Oh! ¿Y tus amigos? Ellos saben que no fuiste.

—A ellos tampoco les conviene hablar. ¿O te crees que soy yo solo el que tiene líos en esta ciudad?

Aquella noche, poco después de haberse ocultado el sol, la joven Norma dio un beso a su madre para salir de casa.

—No me gusta que andes sola a estas horas, Norma.

—Solo es un momento, mamá. Voy a casa de Cintya. Te prometo no estar mucho tiempo.

Salió por la puerta trasera de la casa y avanzó por aquella zona aislada y solitaria.

Apenas había andado unos metros y cuando se hallaba al amparo de la arboleda que la ocultaba de su casa escuchó el ruido y sintió un brusco sobresalto.

—¿Quién es...? —empezó tímidamente.

Luego apareció la sombra.

La joven iba a lanzar un grito pero al reconocer a la persona que tenía ante sí, pareció tranquilizarse.

—¡Ah! ¿Es usted?

Fue lo único que pudo decir, porque cuando advirtió el peligro era ya demasiado tarde. Una mano enguantada que sujetaba fuertemente una pequeña porra de goma avanzó hacia ella.

El golpe en la cabeza dado con la porra sumió a la muchacha en la inconsciencia.

Luego, dos brazos fuertes cargaron con aquel cuerpo exánime y lo depositaron en la maleta de un coche oscuro. Una vez cerrado el portaequipajes, el auto salió lentamente de aquella zona arbolada para llegar hasta un cruce de caminos. Algo más tarde, el vehículo circulaba por la carretera comarcal. Se detuvo en un claro del bosque y a continuación siguió unos metros más hasta que la maleza lo ocultó.

El cuerpo de Norma fue arrojado al suelo. La mano enguantada la despojó del liviano vestido que quedó totalmente roto. Luego, con la furia de un loco homicida, le rompió el sujetador y la braguita.

La adolescente, desnuda, fue pasto de la mirada de unos ojos extrañamente relucientes.

En la quietud de la noche un leve jadeo, unido a la suave brisa, fue todo el ruido que nadie pudo escuchar por lo solitario del lugar. De haber pasado algún coche, tampoco se hubiese detenido precisamente en aquel sitio.

Apenas ocho minutos más tarde, unas poderosas manos aprisionaban la garganta de la infortunada, que pasó del sueño a la muerte. Después, una extraña y poderosa garra se hincó en el cuello, por debajo de la nuez y arañó brutalmente aquel cuerpo hasta cerca del pubis.

La sangre aún caliente de la muchacha pugnó por salir, mientras la misma garra destrozaba los senos, ensañándose con los pezones de la adolescente.

Cuando todo se hubo consumado, el auto oscuro se alejó del lugar,

dejando allí, con el cuerpo del delito, la impronta del maniaco sexual.

CAPÍTULO 6

MARK Daniels se había reunido con el *sheriff* Lamber en los alrededores de las ruinas.

—Este lugar es la clave —decía el policía.

Consultó su reloj. Eran las once de la noche. Una idea bullía en su mente.

—¿Piensa quedarse aquí, Lamber?

—Sí. Pero no con mis hombres, ni tan siquiera mi coche. El asesino debe creer que aquí no hay nadie. Yo sé que volverá.

—Le haré compañía, Lamber —dijo el abogado.

—No. Usted se irá con mi gente. Quiero que se lleven también mi coche. Esto debe quedar vacío y que nadie tema nada. Sé protegerme a mí mismo —miró a sus hombres y añadió—: Ya me han oído.

—Pero jefe, puede ser peligroso —adujo el oficial Brown.

—Hagan lo que les he dicho. Insisto en que el asesino volverá a esas ruinas. No sé con qué fin. Pero lo hará.

—¿Por qué no espera a mañana? Puede que tenga alguna información —adujo Mark recordando las instrucciones que le había dado a Steve Carson, referente al coche oscuro.

—Mejor que mejor, pero entretanto ganamos tiempo.

Mark asintió y poco después todos se alejaban del lugar donde, como único signo de vida, quedaba la tienda todavía montada de los diezmados excursionistas, la «roulotte» y el coche que posiblemente Paul Daufny ya no podría volver a conducir.

El *sheriff* Lamber se metió entre las ruinas y tras echar un vistazo rutinario a las dependencias, eligió la antigua alcoba de la vivienda principal y se tumbó en el colchón de espuma.

El silencio era absoluto y el menor ruido procedente del exterior era susceptible de ser oído.

Lamber desenfundó su revólver y lo dejó sobre el colchón, muy al alcance de su mano derecha, mientras su mente comenzó a pensar.

Ni la soledad de aquel lugar, ni los sucesos acaecidos le producían

miedo. Esa era una palabra que el policía desconocía.

Quizá por el lugar donde se hallaba, sus pensamientos le llevaron hasta la época que aquel Fuerte estaba en activo, en la era de la colonización tantas veces reflejada en las películas y que la televisión recordaba de continuo en sus telefilmes.

Pensó en los momentos de terror que debieron sufrir la gente allí encerrada durante el ataque de los indios. Prescindiendo de la razón que pudiera asistir a los pieles rojas, los colonos, inexpertos la mayoría, veían llegar la muerte a medida que los defensores del Fuerte iban cayendo, cazados por flechas o balazos del enemigo. Luego imaginó cómo las puertas eran abatidas y se prendía fuego a todo. Mujeres y niños reculando aterrados, mientras los atacantes lo arrasaban todo, matando sin piedad.

Les imaginaba tratando de esconderse en los lugares más inverosímiles. Luego, todo ardía y quizá algún niño, cuando ya todo había pasado, emergía de entre la tragedia. Un niño milagrosamente salvado de la masacre.

De pronto, Lamber se puso en pie. Aquellos fugaces pensamientos, frutos de su fantasía, le habían dado una posible pista de lo que andaba buscando. Fue como un rayo de luz.

¿Cómo no se le había ocurrido antes?

Salió de la antigua alcoba y seguro de que pisaba terreno firme olvidó su revólver que momentos antes había sacado de la funda dejándolo al alcance de su mano, sobre el colchón. Allí quedó.

* * *

Aquella misma noche, mucho antes de que Lamber decidiera quedarse entre las ruinas del Fuerte, Steve Carson había dicho a su mujer:

—Voy a la tienda. Tengo que calcular los precios de los nuevos productos recibidos. No he tenido tiempo en todo el día y mañana deben de estar a la venta. Quizá tarde un poco.

A Jane le molestaba que su marido enterrara casi todo su tiempo en el supermercado, pero puesto que él ya lo había decidido, no tuvo más remedio que resignarse.

Claro que Steve tenía otros planes muy distintos, planes que naturalmente no confesó a su mujer y así que estuvo en la calle se dirigió hacia el supermercado, dejó en la puerta el coche blanco y salió con la motocicleta silenciosa gracias al tubo acoplado convenientemente a la salida de los gases.

Amparado en el nulo tránsito y buscando los lugares más solitarios, llegó a la cabina pública desde la cual llamó por teléfono.

Agnes tardó en contestar y cuando lo hizo su voz denotó una absoluta contrariedad.

—¿Diga?

—Ya sé que debí prevenirte antes, pero es necesario que te vea.

—¿Quién es usted? —inquirió la mujer, mirando el auricular como si fuera un elemento extraño e inhabitual.

—Me conoces perfectamente, Agnes. Soy Steve.

—Se equivoca, gracioso —replicó ella y colgó para luego descolgar y dejar el auricular fuera de la horquilla.

Agnes tenía los ojos brillantes por el deseo, y su cuerpo, desnudo, estremecido por el placer, se volcó de nuevo hacia el hombre que tenía a su lado.

—Alguien que se había equivocado, cielo —dijo— ya no volverá a molestar. Sigamos —y apasionada y feroz cabalgó sobre su compañero de cama con la voluptuosidad de una ninfómana.

Steve Carson se perdió entre las sombras, montado en su motocicleta. Tardó bastante en llegar a su casa. Estaba frenético, nervioso, inquieto.

Cuando regresó a la medianoche, su rostro se hallaba más reposado y tranquilo.

Había vuelto a dejar la motocicleta en el almacén del supermercado para cambiarla por el automóvil que aparcó en el jardín de su casa sin entrarlo en el garaje.

En el dormitorio encontró a Jane dormida. Antes había abierto las habitaciones de sus hijos, que igualmente se hallaban en el mejor de los sueños.

Por la mañana, cuando desayunaba a las siete en punto según la costumbre, Jane se lamentaba.

—Anoche no llegaste hasta las diez. Apenas cenaste y volviste a la tienda... ni siquiera te oí regresar. ¿Por qué no me despertaste?

—Dormías, querida. ¿Por qué iba a hacerlo?

—¡Oh, Steve! Apenas nos vemos.

—Debo cuidar el negocio, ¿no? Vivimos de él.

—¿Por qué no lo vendes todo, Steve y nos vamos a otra parte?

—¿Y cuánto tiempo crees que podríamos vivir?

—Voy a cobrar mucho dinero. Lo sabes.

—La famosa herencia...

—Mark tiene muy buenas impresiones. Todo es ya cuestión de trámite. Incluso si yo muriera, pasaría a nuestros hijos.

—¡Qué tonterías se te están ocurriendo!

—No pienso en morirme, tonto. Al contrario, con el dinero de tu negocio y el mío, podríamos instalarnos en otra ciudad, mayor y menos aburrida. Sabes... que me gustaría ir al Este. A New York.

—Mejor ser cabeza de ratón aquí, que cola de león en New York o en Frisco. Adiós, cielo. No sueñes.

Jane quedó muy apenada. Sus sueños de alcanzar nuevos horizontes se

esfumaban una vez más por la terquedad e incomprensión de su marido, que solo parecía tener ojos e inteligencia para aquel maldito negocio de vender comestibles. ¡Cómo lo odiaba!

Steve, al volante de su coche blanco, en vez de dirigirse al supermercado, fue directamente a casa de Mark. No estaba.

La asustada Connie le abrió la puerta después de preguntar repetidas veces quién llamaba.

—¡Vaya! ¿Conque usted es una de esas excursionistas? De veras que lamento lo que les ha ocurrido a sus amigos...

Connie, que había reconocido en Steve Carson al dueño del supermercado, pareció alegrarse de su presencia.

—Si usted es amigo del señor Daniels, pase, por favor. Él ha tenido que marcharse. Un policía ha venido a buscarle. Parece que han encontrado a una muchacha joven asesinada en un bosque...

—¿Estás segura?

—El policía hablaba bajo, pero le he oído. La chica se llamaba Norma y dijo que presentaba los mismos síntomas que la otra muchacha que mataron antes de llegar nosotros.

—Es terrible. ¿Sabes dónde ha ido Mark?

—No lo sé. El policía dijo que estaba preocupado por el señor Lamber.

—Bueno. Lo averiguaré yo mismo. Gracias, Connie y ten cuidado cuando abras la puerta. Asegúrate bien.

—Tengo mucho miedo, señor Carson.

—Bueno, aquí estás segura.

—¿Quiere esperar al señor Daniels?

—No. Llamaré por teléfono a la central de policía. Quizá allí sepan dónde está. Es urgente que hable con él.

Conocía bien la casa y pasó al salón donde estaba el aparato telefónico. Buscó unos papeles en los bolsillos y luego marcó un número. Se sentó en la butaca contigua y aguardó.

—Soy Steve Carson. ¿Sabe dónde puedo encontrar a Mark Daniels?

—Aquí el oficial Brown —replicó la voz—. ¡Vaya una mañana, señor Carson! ¿Se ha enterado usted?

—¿Lo de la muerte de esa chica? Acaban de decírmelo, sí.

—Fue una casualidad. Figúrese, el señor Welles se había entretenido en los billares y al regresar a su casa tuvo un pinchazo. Como el coche le había quedado en mitad de la carretera lo empujó hacia el claro del bosque para cambiar la rueda. En aquel lugar hay un poco de pendiente y por lo visto la rueda de recambio se le escapó rodando y tuvo que ir detrás de ella. Entonces descubrió el cuerpo de la pobre Norma. Fue algo horrible. Y esto no es todo, señor Carson, el jefe pasó la noche en las ruinas del Fuerte y esta mañana todavía no ha regresado. Los muchachos fueron a echar una ojeada y ¡no encontraron nada!

—¿Cómo?

—Que no hay ni rastro de Lamber. Ha desaparecido como ese par de excursionistas. Ahora Daniels está ahí con dos compañeros.

—Bien, gracias. Iré hacia allí.

—¿Qué opina de esto, señor Carson?

—Qué quiere que opine. De seguir las cosas así cundirá el pánico —colgó y se encontró con la mirada interrogativa de Connie.

—¿Las cosas van mal, verdad?

—Bueno, digamos que no van del todo bien. Eso ocurre a veces. Son temporadas malas.

Connie bajó la mirada. Casualmente allí, en el suelo, sobre el piso alfombrado, había un botón que recogió y miró distraídamente.

—Te dejo, Connie —dijo Carson.

Connie, mirando el botón, murmuró:

—Parece de los que llevan los agentes en su cazadora... Debió caérsele al que vino aquí para hablar con el señor Daniels.

—Puede ser. Adiós, Connie.

Steve Carson salió de la casa, sin ocultar su preocupación.

* * *

En las ruinas del Fuerte, Mark Daniels salió de lo que había sido la cantina para reunirse con uno de los agentes. El otro regresaba del exterior.

—¡Es increíble! ¡No puede haber desaparecido! —exclamó el abogado, que no salía de su asombro.

—Puede que haya seguido a alguien —opuso el otro agente.

—¿Con qué? No tenía más medio de locomoción que el coche de esos chicos y sigue allí. ¿No lo han visto?

El agente que acababa de llegar, terció.

—No hay ninguna huella de pisadas, pero hay marcas de coche, aunque es difícil saber a qué vehículo pertenecen. Últimamente hemos hecho muchos viajes aquí.

—No debimos dejarle solo. Alguien hubiera tenido que quedarse para vigilar a distancia —lamentó el abogado.

—Aquí es muy difícil, señor Daniels, en campo abierto... Pero lo raro es que no hayamos encontrado el menor rastro.

Ninguna conjetura era válida. Todo se resumía en darle vueltas al mismo asunto sin sacar nada en claro. Era como un círculo vicioso. Era inútil divagar, la única verdad palpable era que el *sheriff* Lamber HABÍA DESAPARECIDO.

—Habrà que avisar al gobernador y llamar al alcalde —comentó uno de los agentes.

Antes de que nadie pudiera contestar, apareció el automóvil blanco de Steve Carson.

Cuando el propietario del supermercado hubo llegado fue informado de lo ocurrido.

—Eso es lo que me ha dicho el agente Brown. Las cosas han llegado a un extremo que se impone una reunión de ciudadanos. Habrá que dormir con el rifle bajo el colchón y no dejar que ninguna muchacha ande suelta una vez haya oscurecido —dijo Carson.

Uno de los agentes terció:

—Si creyera en esas «cosas» pensaría que se trata de un ser sobrenatural. ¡No es posible que no deje rastro de las personas!

—Quizá estemos persiguiendo a dos individuos distintos —intervino el otro agente— porque tanto Emma como Norma sí que fueron encontradas.

—Yo sigo opinando que no —repuso el abogado.

—Y a propósito de Norma —terció Steve Carson—. ¿Cómo salió de su casa?

El abogado fue quien informó:

—Dijo que iba a casa de su amiga Cintya, pero Cintya niega que la hubiese llamado. Su madre llegó a la conclusión de que Norma mintió y que donde en realidad se dirigía, era a casa de un amigo suyo, Bob Tracy, pero el joven Bob niega en redondo. No sabemos si por miedo o si es que de verdad no se citó con ella.

—Lo cual quiere decir... —empezó Steve.

—Que alguien tuvo que llamarla para obligarla a salir de casa. Luego allí la metió en un coche para llevarla hasta el lugar que ya debía de haber elegido de antemano para matarla.

—Pero ella gritaría... —opuso Steve.

—Tal vez el asesino la golpeó. Lo sabremos cuando le hayan practicado la autopsia.

—Bueno —opinó uno de los agentes tras un silencio—. Será mejor regresar. Aquí no hay nada que hacer, aunque quizá convendría que alguien se quedara de guardia.

Steve llevó a Mark a un lado.

—Tengo que hablar contigo. Es importante.

—Váyanse —dijo Mark a los otros—. Yo iré luego.

A solas los dos hombres, el tendero dijo:

—Intenté ver anoche a Agnes. Dije a Jane que me iba al supermercado.

—¿Y qué?

—No pude hablar con ella. Y temo que en adelante va a ser difícil. Al menos, por una temporada.

Mark se encogió de hombros, interrogando con la mirada a su amigo.

—Su marido está aquí. Aldo Shepard llegó de repente. Yo no sabía nada. Cuando la llamé me dijo que me había equivocado de número y

comprendí enseguida. Venía a ser la contraseña.

—Aldo Shepard... No sabía que estuviera aquí.

—Ni yo. Ni nadie... Pero averiguaré lo que sea, Mark. Ella vendrá a comprar al supermercado y encontraré la forma de hablarle.

* * *

La llanura había quedado absolutamente solitaria. La «roulotte», la tienda y el automóvil estaban allí, con el mismo abandono que aquella edificación en ruinas que si antaño escribió parte de la historia de la nación, ahora escribía otra historia preñada de misterios, de hechos inexplicables, como si un alma errante surgiera de entre aquellos muros con un fin premeditado que solo «él» conocía. De momento, ya habían sido tres las personas que tras cruzar aquellas paredes no volvieron a ser vistas ni vivas ni muertas.

¿Qué habían visto aquellas personas bajo la arruinada techumbre del Fuerte?

¿Qué cosa habían descubierto, que el fantasma trataba de guardar tan celosamente?

También cabía preguntarse qué ligazón podían tener aquellas inexplicables desapariciones con los brutales asesinatos de un sádico que dejaba a sus víctimas jóvenes y hermosas, salidas de la adolescencia, para entrar en la más horripilante de las muertes.

El sol volvía a caer con todo su peso calorífico sobre las amarillentas tierras que bordeaban el río de aguas transparentes y cristalinas. La suave brisa levantaba a intervalos pequeñas oleadas de polvo. La paz era el denominador común de aquel lugar de silencio, que alguien había convertido en un paraje de tortura y horror.

Connie llegó pedaleando con la bicicleta. Había recorrido los seis kilómetros sin cruzarse con nadie y ahora se encontraba allí, en la explanada, a menos de un kilómetro de las ruinas del Fuerte.

Se detuvo, mirando fijamente aquella vieja edificación y no pudo evitar un tremendo pavor.

Pero ¿qué estaba haciendo Connie en aquel lugar?

La muchacha, miedosa por lo ocurrido, pero tremendamente resolutiva y con gran espíritu de decisión, recordaba fielmente el motivo por el cual había recorrido aquella media docena de kilómetros.

CAPÍTULO 7

HABÍA sonado el teléfono de la sala de la casa del abogado Mark Daniels. Connie se puso al aparato, mientras sus amigas se hallaban desayunando en la cocina.

—¿Sí? —preguntó.

Al otro lado de la línea, una voz que hablaba quedamente respondió:

—¿Eres Connie?

—Sí. ¿Quién es usted?

—Oye. Escúchame bien y no digas nada a nadie. No hagas ningún comentario mientras esté hablando. Haz exactamente lo que te digo.

—¿No puede hablar más alto?

—No. No puedo hacerlo. Ahora escúchame. Soy Mark Daniels y sé dónde están Melanie y Paul. Me consta que están corriendo un grave peligro. Pero siguen vivos. No puedo llamar a la policía porque si lo hiciera sé que ellos morirían. Están en poder de un loco, muy cerca de donde acampabais. Les he visto y por eso sé que todavía viven. Tienes que venir a las ruinas del Fuerte. Entra en la cantina, yo estaré allí. Sé que juntos podremos liberarles. He estado pensando en la manera de hacerlo y sé que tendremos éxito, pero te necesito a ti como cebo. Espero que no tengas miedo. La vida de tus amigos va en ello. No avises a la Policía porque si lo hicieras es posible que ya no volvieras a ver a tus amigos. Te diré cómo puedes llegar hasta aquí... Hay un trastero debajo de la escalera. La puerta está abierta. No tienes más que tirar de ella. Encontrarás una bicicleta que utilizo algunas veces para hacer ejercicio, cógela y ven directamente al Fuerte. Ya conoces el camino. Sobre todo no hables con nadie, ni siquiera con tus amigas. Dales cualquier excusa. Debes comprenderlo. No podemos correr riesgos. Si alguien avisa a la Policía todo se iría al demonio. ¿Me has comprendido, Connie?

—Sí, señor.

—Pues ven inmediatamente. Verás cómo todo sale bien. Hasta pronto. Cuando Connie colgó el teléfono, Myrna asomó desde la cocina.

—¿Con quién demonios has estado hablando tanto tiempo? —preguntó.

Connie tuvo algunos momentos de duda, pero confiaba plenamente en Mark Daniels, hombre que por otra parte se había convertido en eficaz colaborador de la Policía; por ello, decidió hacerle caso. La posibilidad de rescatar a sus amigos era el mayor acicate.

No obstante, mientras pedaleaba hacia el Fuerte, su corazón latía a ritmo acelerado. Tenía la sensación de que iba a enfrentarse con lo desconocido, y eso le mantenía en una tensión que alcanzaba las más altas cotas.

Solo la idea de que iba a trabajar conjuntamente con el abogado, disipaba en parte su miedo. No obstante, cuando desde la carretera avistó la silueta del Fuerte bajo los rayos del sol y en medio de aquel panorama desierto, le entró un escalofrío por todo el cuerpo.

A medida que avanzaba, aquellas ruinas tenían para ella un significado tétrico, macabro.

¿Qué misterio se escondía entre aquellos muros contruidos de la forma más elemental?

Recorrió el último kilómetro con la mirada fija en los restos de aquella edificación que se le antojaba siniestra.

Llegó montada en la máquina hasta el centro de lo que había sido plaza principal y se detuvo junto a la antigua fuente de la que todavía se conservaba la palanca para bombear el agua.

Dejó apoyada la bicicleta y miró a su alrededor. No vio a nadie y aquella terrible soledad, aun a pleno día, le produjo un pánico atroz.

Mark le había dicho que le esperaría en el bar del fuerte, pero ella parecía tener mucho miedo en dar un solo paso. Se volvió varias veces, como si temiera que de un momento a otro surgiera un ser fantástico dispuesto a atacarla.

Por fin, aquel instinto natural en ella, le hizo tomar el impulso de seguir hacia adelante. Avanzó despacio y llamó en voz alta:

—¡Señor Daniels!

Se asustó de oír su propia voz resonando en medio de aquellas paredes.

Repitió la llamada sin dejar de andar.

—¡Señor Daniels! Soy yo.

Aquel silencio sepulcral le puso la carne de gallina y sintió un frío intenso que, surgiendo de lo más profundo de su ser terminó por helarle la piel.

—¡Por favor, señor Daniels, conteste! ¿Está usted ahí?

No. Era inútil. Nadie contestaba a sus palabras. ¿Por qué no estaba allí el abogado conforme había dicho por teléfono?

Llegó hasta el escalón que daba acceso al entarimado de madera. Se cogió a uno de los postes que habían sostenido el techo —ahora

desaparecido— del porche, y se ayudó a subir porque las piernas se negaban por momentos a obedecerla.

Se quedó varios minutos inmóvil, sujeta a aquel palo que ya no sostenía nada, pero que había quedado allí, resistiendo el paso de los años.

Oblicuamente a donde se hallaba, podía ver la entrada de la cantina, que conservaba sus puertas de dobles batientes.

«Mark no está» —pensó.

Hubiera tenido que oírla, sin embargo, en ninguna de cuantas ocasiones la joven había gritado, contestó:

¿Dónde estaba Mark?

Sentía cómo la sangre se agolpaba en su rostro y hasta podía oír el fuerte bombeo de su músculo cardíaco golpeándole contra las paredes del pecho y de la espalda.

Decidió avanzar unos pasos más hasta situarse delante de la puerta. Se acercó a ella y asomó por la parte superior. Bastaba una ojeada para darse cuenta de que aquello estaba totalmente desierto. En cualquier caso, el misterio podía hallarse detrás de las dos puertas situadas al fondo.

Entró, empujando las dos hojas de madera que luego se cerraron de golpe para moverse con la inercia, al tiempo que gruñían como almas en pena.

Aquel chirrido arrancó un grito de la muchacha, que se volvió aterrada, para descubrir que seguía sola. Demasiado sola para sentirse tranquila.

—¡Señor Daniels! —alzó de nuevo la voz que le salió quebrada por el horror que estaba viviendo en aquellos instantes.

Los tacones de sus zapatos resonaban al pisar las tablas de madera del suelo, que sonaba a hueco.

Su miedo subió muchos enteros cuando pensó seriamente en la cuestión. Se sabía entre unos muros de los que nadie de quienes habían quedado allí volvió a salir con vida. Al menos cuando entraban solos. Este pensamiento, a punto estuvo de hacerle dar media vuelta y salir a escape, pero reflexionó. Ella estaba allí porque el abogado se lo había pedido y no tenía por qué dudar de la palabra de él. Y si podía hacer algo para ayudar a sus amigos no iba a volverse atrás en el último momento.

Serenóse.

La luz del sol iluminaba perfectamente aquella estancia en la que no había nadie más que ella, y Connie no creía en aparecidos. Quienquiera que se presentara, tendría que hacerlo de frente, dándole la cara. En cualquier caso —pensó— siempre le quedaría tiempo de huir. Pero...

Aquel vapor interno, aquel frío en el alma, no había quien se lo quitara.

Se apoyó en el mostrador, volviendo los ojos hacia la puerta de entrada. Allí no se oía más ruido que el de su propia respiración.

Mark Daniels bajó del automóvil frente a su casa y subió rápidamente la escalera. Al entrar, Myrna y Debra, que acababan de tomar el desayuno, mostraron su sorpresa.

—¿Y Connie? —preguntó Myrna.

—¿Es que no está con vosotras?

—No...

—¿A dónde ha ido?

—Al Fuerte. Dijo que usted la había llamado.

—¡Dios mío! ¡No os mováis de aquí! —exclamó el abogado y salió apresuradamente.

—Han tendido una trampa a Connie —sentenció Myrna con un escalofrío, y Debra se echó a llorar. De las tres supervivientes, era la única que no había conseguido reaccionar—. Tranquila, Debra. ¿Qué ganas con llorar?

—No la volveremos a ver, Myrna. Acabarán con todas. Tengo miedo, mucho miedo.

Myrna intentó consolarla, pero la verdad era que ella también sentía un miedo cerval ante aquella anómala situación.

Por su parte, Mark pisó a fondo el acelerador de su automóvil, cuyas ruedas traseras chirriaron al doblar la primera esquina en dirección a la carretera. Sabía que le separaban seis kilómetros de las ruinas del Fuerte. Seis kilómetros que podían ser de vida o muerte para la joven Connie.

* * *

La muchacha seguía allí, en medio del silencio y de la soledad, cuando de pronto, creyó oír un gruñido. Supuso que venía de la parte exterior y avanzó temerosa hacia la ventana de la cantina, desde la cual podía divisarse parte de la plaza. No vio nada, excepto aquella soledad abrumadora, aquel silencio demasiado denso para ser real. Y una especie de sudor frío comenzó a perlar su frente mientras el terror hacía mella en todo su cuerpo.

Presentía que algo intangible se estaba moviendo a su alrededor y notó esa desagradable sensación de ser espiada por unos ojos que ella no atinaba a descubrir.

Recorrió con la mirada cada rincón de aquella plaza vacía, sin hallar el menor vestigio de vida.

Se volvió de súbito, creyendo haber oído un ruido a su espalda. Sus ojos se llenaron de terror, mientras se ensanchaban desmesuradamente.

No. No había nadie. Pero ella había oído un ruido. O acaso... eran los nervios que empezaban a traicionarle.

El grado de tensión era irresistible. No podía seguir allí, pero sus piernas se negaban a andar, como si fuertes ataduras la mantuvieran sujeta

sobre el entarimado de la antigua taberna.

Se volvió hacia las puertas del fondo e imaginó mil y un tentáculos aguardándola para envolverla. Formas fantásticas, frutos de su imaginación atormentada la perseguían. Entes invisibles dispuestos a torturarla para llevarla a un mundo de tinieblas.

El grito le salió espontáneo de lo más profundo de su ser.

—¡Señor Daniels!

Pero de nuevo, la única respuesta fue aquel silencio sepulcral, sobrecogedor. ¡El silencio de los muertos!

Impotente para resistir aquella horrible tensión, empezó a ver sombras a su alrededor. Lentamente todo se fue oscureciendo ante ella, como si repentinamente, un raudó crepúsculo absorbiera el sol para entrar de lleno en la más cerrada de las noches.

Con los ojos en blanco, incapaz ya de distinguir los objetos, las piernas comenzaron a fallarle negándose a sostener aquel cuerpo espigado y lleno de vida.

Tuvo la sensación de que ya jamás volvería a ver la luz, y en medio de aquel mar de tinieblas se desplomó.

* * *

El auto conducido por Mark Daniels entró en tromba en el Fuerte, deteniéndose junto a la bicicleta que había utilizado Connie para llegar hasta allí.

—¡Connie! —gritó al salir.

Aquel absoluto silencio impresionó al abogado, que antes de seguir adelante echó una ojeada a su alrededor.

—¡Connie! ¿Estás ahí?

Ante el prolongado silencio, el abogado echó a andar hacia los restos de las edificaciones. Caminaba con precaución, escuchando el sonido de sus propias pisadas sobre la amarillenta tierra del Fuerte. Llegó hasta el entarimado del antiguo porche y se detuvo un momento ante la puerta de la cantina. El sol reverberaba sobre la tierra caliente produciendo ese brillo neblinoso, característico. Hacía calor. Mucho calor, y el abogado tenía la frente perlada por el sudor y también por la tensión del momento.

Se decidió a entrar en el local, y con una rápida ojeada comprobó que no había nadie.

¡NADIE!

—¡Connie!

Se metió en las dos dependencias contiguas, que halló igualmente desiertas.

Corriendo como un condenado registró, palmo a palmo, cada uno de los pequeños edificios, el despacho de la oficialidad, la vivienda, lo que

quedaba de las viejas caballerizas, las ruinas del almacén del Fuerte... Nada. En ninguna parte encontró la menor señal de vida.

Sus pisadas continuaron resonando por las tablas o por la tierra dura, mientras su pecho jadeaba, no por el cansancio de la carrera, sino por el miedo a la situación, porque por muy hombre que fuera, aquel remarcado silencio imponía un respeto, no por la ausencia de ruidos en sí, sino por el hecho de que con Connie ya eran cuatro las personas desaparecidas en aquel recinto ruinoso.

Se detuvo ante la bicicleta. ¡Ante su bicicleta! que reconoció perfectamente. Supuso —las compañeras de Connie nada le habían dicho al respecto— que la muchacha la utilizó para ir allí. ¿Pero... quién la había llamado para hacerla salir de la casa?

CAPÍTULO 8

LAS familias de las dos muchachas supervivientes habían sido avisadas, así como también los respectivos padres del trío de desaparecidos.

En el puesto de policía, los cuatro únicos agentes encargados de guardar el orden se habían reunido. Con ellos, se hallaba Mark Daniels, el médico, y Steve Carson. Esperaban al alcalde Hollander, que se hallaba de vacaciones, pero que ante la gravedad de los hechos fue avisado telefónicamente para que regresara.

Las jóvenes Myrna y Debra se hallaban en un cuartito contiguo, donde había tenido lugar la reunión informal. Mark entró un momento para hablar de nuevo con las muchachas.

—Dijiste —dijo encarándose a Myrna— que Connie estuvo hablando largamente por teléfono...

Myrna asintió. Estaba muy asustada. El miedo la mantenía en un estado de incontenible temblor que trataba de dominar.

—Tranquila, Myrna. De aquí nadie os sacará, porque evidentemente, el que llamó a Connie lo hizo con el propósito de que ella saliera y fuera al Fuerte, pero tuvo que darle razones muy convincentes.

Myrna repitió:

—Mientras duró aquella llamada, Connie apenas habló. Cuando colgó dijo que tenía que irse y yo le pregunté: «¿Con quién demonios has estado hablando tanto tiempo?». Ella, al principio, no quería decírmelo. Objetó que le habían recomendado silencio, pero yo insistí:

»—No debes salir de aquí. Recuerda lo que nos dijo el señor Daniels.

»—Tengo que hacerlo. Ha sido precisamente el señor Daniels quien me ha llamado. Cogeré su bicicleta y me iré al Fuerte. Él me espera allí —me contestó—. Y ya no hablamos más.

Mark se pasó una mano por el rostro. Sudaba de angustia.

—Alguien se hizo pasar por mí. ¿Pero por qué eligieron a Connie?

—No lo sé. ¡Oh, Dios mío! —exclamó aterrada.

—Es necesario que recordéis todos los detalles por insignificantes que sean. Estoy sospechando que... todas esas desapariciones no son casuales.

Es posible que Connie supiera algo, que hubiese descubierto algo que comprometía al asesino.

—Nos lo hubiera dicho —repuso Myrna.

—Tal vez ni ella misma lo sabía. Quiero decir, que a veces vemos cosas y no nos damos cuenta del valor real que tienen hasta que las comentamos con otra persona, sin darle importancia. ¿Me entiendes?

—¡No!

—¡Oh, Myrna! Quizá allí, en el campamento, o incluso en la ciudad, alguna de vosotras vio algo que pueda comprometer al asesino.

Myrna se encogió de hombros y Mark, como si hablara consigo mismo, repasó los hechos.

—Primero desaparece Melanie. Todo hace suponer que mientras Debra dormía, ella deambuló llegando tal vez hasta las ruinas del Fuerte y allí es donde ve algo o sorprende a alguien que no quiere ser visto y la mata. Paul intenta descubrir el misterio y mientras vosotras habláis con la señora Agnes Shepard, él se dirige a las ruinas y una vez más descubre al asesino y este acaba con él. Luego, le toca el turno al *sheriff* Lamber. Pretende pasar la noche allí, solo, y es sorprendido. El criminal ya ha matado una vez y no se detiene ante nada... pero ahora llega el caso de Connie. Ella no va allí por su propia voluntad. No es casual su presencia en el Fuerte, sino que alguien la llama y para inspirarle confianza, le dice que soy yo... Ese «alguien» siente un interés especial por Connie. «Tiene que ser ella precisamente» y eso solo puede indicar una cosa, y es que Connie «sabía» algo. Algo que comprometía gravemente al asesino y no vacila en eliminarla...

Tras un silencio, Myrna preguntó:

—Pero... ¿dónde están sus cuerpos?

—Algún día los encontraremos, Myrna, y no vivos precisamente. Esto es lo trágico de este condenado asunto.

Steve Carson entró en la estancia, excusándose.

—¡Oh, perdón! ¿Estorbo?

—No, Steve. ¿Querías algo?

El tendero le hizo una seña, indicándole que quería hablar a solas con él.

En el corredor le dijo:

—He hablado con Agnes. Su marido llegó ayer a mediodía; cuando ella regresó del río, la estaba esperando en su casa. Parece que tiene la sospecha de que ella le es infiel, por eso se presentó de improviso. Ahora, tendré que andar con los pies de plomo.

—¿Y el coche? ¿Te dijo si había visto ese coche oscuro junto al Fuerte? —inquirió Mark, que era lo que realmente le interesaba saber.

—Le hablé de ello muy deprisa. Estábamos en la tienda y aquello ya sabes que está lleno de orejas pendientes de lo que se habla.

—Se lo preguntaste, ¿no? ¿Qué te dijo?

—Dijo que había visto un coche, sí... pero que lo mismo podía ser el de su marido que la estuviera espiando.

—¿Es de color oscuro el automóvil de Shepard?

—Sí, tiene un «Chevrolet» azul marino.

—Entonces tendré que hablar con él.

—Cuidado, Mark, no lées las cosas.

—No te preocupes. Sabré actuar con discreción —replicó Mark hastiándole que en medio de aquel estado de cosas hubiera alguien como Steve, a quién pareciera preocuparle más sus relaciones extraconyugales que el esclarecimiento de los hechos, que mantenían a toda la pequeña ciudad con el alma en un hilo.

Al atardecer, la gente de la ciudad se había encerrado en sus casas. Todavía se respiraba en la atmósfera los últimos vahos del calor reinante durante las pasadas horas, sin embargo, el ambiente por lo que al tránsito se refería, parecía invernal.

La sicosis de miedo había invadido a toda la ciudad, aunque no faltaban los curiosos que en grupos decidieron dirigirse a las ruinas del Fuerte. Un total de treinta automóviles se hallaban en las inmediaciones de aquel lugar, sobre el que ya empezaban a circular leyendas. Más de un atrevido, buscando la compañía de tres o cuatro, se adentró en aquellas ruinas con algún recelo interior aunque exteriormente procuraba hacer alarde de valentía.

—Yo no creo en fantasmas. Aquí no hay nadie —pero quien hablaba así, procuraba no separarse de los demás.

El supermercado había cerrado sus puertas, aunque Steve Carson se quedó a trabajar en el despacho, acompañado de la joven escribiente, que preguntó:

—¿Acabaremos muy tarde, señor Carson?

—Si quieres irte, puedes hacerlo, Carol. Comprendo que desees estar en tu casa antes de que oscurezca.

La muchacha agradeció la deferencia de su jefe y se despidió hasta el día siguiente.

Desde la ventana del piso superior del supermercado, Steve vio pasar a dos coches patrulla que posteriormente se dirigirían a las inmediaciones del Fuerte por pura rutina.

Mark se hallaba solo en su casa cavilando intensamente. Tenía un libro en las manos.

Las dos muchachas supervivientes de la excursión, seguían en el puesto de policía, donde había quedado un solo agente al que acompañaba el viejo doctor de la localidad. La tensión era patente en todos lados.

Media hora más tarde, el abogado cerraba el libro que había estado hojeando. Su lectura fue bastante provechosa. Trataba sobre los

legendarios Fuertes del país, pero la atención del abogado giró sobre el de Daventport, en el territorio de Wyoming. Pensó que era una lástima que aquel libro no lo hubiese leído antes el jefe de policía Lamber.

Salió de su casa y se encaminó hacia el puesto de policía. Quería hablar con el agente y conversar con las aterradas muchachas, que lo que más deseaban era marcharse lejos de allí.

Las calles continuaban desiertas y solo algún coche cruzaba fugazmente.

En la zona de Yellowstone Side, donde Steve Carson tenía su residencia, la paz era absoluta y el tránsito nulo. La mayoría de los moradores estaban cenando o lo habían hecho ya, como los hijos de Carson, que jugaban en el jardín.

—Solo diez minutos más —había dicho Jane, asomando por la puerta de la casa.

Al no haber nadie tomando el fresco, el hombre que se movía por la parte posterior de las casas, pudo pasar perfectamente inadvertido hasta llegar al jardín de los Carson.

La pequeña estaba sentadita en el suelo, acunando a una muñeca y Johnny, el niño de cuatro años, algo más separado, se entretenía con una guerra privada entre indios que atacaban un Fuerte y soldados que lo defendían.

Un Fuerte.

El hombre avanzó por detrás de los niños. Andaba deprisa, pero sus zapatos de suela de goma apenas hacían ruido al pisar la tierra.

Cuando el niño levantó la cabeza y agrandó los ojos, era ya demasiado tarde para pedir auxilio. El hombre le golpeó hábilmente con la fuerza precisa para dejarle inconsciente. A su edad, poca cosa le bastó para quedar fuera de combate. La pequeña, menos consciente, no supo bien lo que ocurría hasta que aquellas manos enguantadas le taparon la boca a la que posteriormente adhirieron una cinta de esparadrapo para impedirle que pudiera gritar.

Con los dos cuerpos a cuestas, el hombre retrocedió hasta la parte posterior de la casa, donde existía el garaje en el que se encontraba el automóvil particular de Jane Carson, la esposa de Steve.

Una vez los pequeños estuvieron encerrados, el hombre entró en la casa.

Jane estaba en la cocina y creyó advertir un ruido.

—¿Eres tú, Steve? No he oído tu coche.

Pero nadie respondió, por lo que ella, extrañada, asomó echando un vistazo al salón.

—¡Niños! —llamó.

Tampoco escuchó respuesta alguna, pero sí aquel sonido de pasos en la escalera.

Se secó las manos en el delantal y avanzó hacia el arranque de la escalera. Un presentimiento la llenó de escalofríos, pero entonces aún no había tomado conciencia del posible peligro que le acechaba.

Subió la escalera con el ceño fruncido. En lo alto no se oía el menor ruido, pero Jane estaba segura de que había oído un ruido y unas pisadas. Al llegar al corredor observó que la ventana que estaba al final se hallaba abierta y se dirigió rápidamente hacia el fondo y se asomó. Al no ver a sus hijos en el jardín les llamó.

—¡Johnny, Elaine!

Se volvió con un nudo en la garganta. Aquello le parecía muy extraño. Entonces vio cómo la puerta de su dormitorio se movía ligeramente.

—¡Steve! —llamó dirigiéndose hacia la alcoba.

La abrió con decisión y entonces vio «aquello» que se le echaba encima. Tuvo tiempo de lanzar un chillido, pero la contundencia del golpe que recibió de manos del desconocido la dejó sin sentido. Cayó al suelo, siendo rápidamente levantada por aquel par de fuertes brazos que la depositaron sobre la cama.

Unas manos ávidas destrozaron sus ropas, dejándola prácticamente desnuda.

Todo sucedió muy deprisa. Pero...

* * *

Cuando Mark Daniels hubo hablado con Myrna, una idea persistente le rondaba el cerebro. Habló de ello con el agente que permanecía de guardia y que a su vez estaba charlando con el doctor.

—Creo que la prueba puede dar resultado, Brown.

—Es un poco arriesgado. ¿No cree?

—Lo sé. Pero podría ser la solución. Ahora tengo que hacer algunas gestiones. Volveré dentro de media hora aproximadamente.

Al salir de la Central de Policía, Mark se dirigió a su casa de la Cheyenne Street. En su despacho abrió un cajón de la mesa de escribir y extrajo un revólver que guardó en el bolsillo tras comprobar que estaba cargado. Tomó también una caja de municiones y a continuación marcó un número de teléfono. Esperó unos instantes hasta oír la voz de Steve Carson, que le contestó desde el supermercado.

—¡Vaya una casualidad, iba a llamarte en este momento! —dijo Steve.

—¿De veras? ¿Algo importante?

—Te lo diré en cuanto nos reunamos. Me gustaría tomar unas copas contigo. Hace días que no vienes por casa. Jane cree que nos estás olvidando.

—No tengo mucho tiempo esta noche, Steve. Se me ha ocurrido algo con respecto a ese asesino que anda suelto. Quisiera saber tu opinión.

—Te espero, Steve.

—Tardo solo un minuto. El tiempo de salir de casa y dirigirme a tu tienda.

—Me encontrarás en la calle. Hasta ahora.

Mark comprobó que no olvidaba nada y salió para bajar rápidamente la escalera. En la calle se metió en el coche y enfiló hacia Main Street. El supermercado se hallaba a un par de manzanas. Observó una vez más que, ya en la oscuridad, las calles se hallaban completamente desiertas.

Al llegar frente a la puerta del supermercado, Steve salía por la puerta lateral. El abogado aguardó hasta que su amigo se aproximó, abrió la puerta y se metió a su lado.

—Llévame tú.

—¿A dónde?

—A mi casa. Tomamos unas copas mientras hablamos, ¿eh?

—¿Y tu coche?

—No voy a necesitarlo. Mañana tomaré la motocicleta.

—¿Querías hablarme?

—Es sobre ese asunto que tienes con Jane. ¿Qué tal está?

—Prácticamente resuelto.

—Eso la hará feliz. Ella quisiera que con ese dinero, más el que me dieran por la venta de mi negocio, nos marcháramos de aquí. Está obsesionada en vivir en New York. Estoy intentando sacárselo de la cabeza.

—Este es tu problema. Aunque comprendo que para una mujer como Jane, un lugar como este se le cae encima. Aquí hay poco qué hacer.

—¿En algún sitio hay que vivir, Mark! Aunque ande suelto un asesino. ¿Cuándo crees que llegará Hollander?

—Mañana, supongo. Sabes que estaba en Nassau...

Mark dobló una esquina para enfilarse hacia la zona en que vivía su amigo.

—¿Por qué me llamaste? —preguntó Steve.

—Creo que no tardaremos en saber quién es ese tipo que se oculta en la sombra.

—¿De veras? ¿Ha habido novedades?

—Myrna...

—¿Quién diablos es Myrna?

—Una de las chicas, la más joven. Cree que tiene una pista.

—¡Ah! Esto se pone interesante. ¿Qué clase de pista?

—Connie le dijo algo antes de acudir a la trampa que le puso el asesino.

—¡Ah! ¿Sí?

Entraban ya en el Yellowstone Side. Mark aminoró la marcha.

—Myrna no recuerda exactamente de qué se trata, porque no le dio demasiada importancia, pero cree que tiene relación con algo que

descubrieron en las ruinas del Fuerte cuando entraron la primera vez.

—Si puedo hacer algo... Me gustaría colaborar. A fin de cuentas, yo fui quien descubrió el primer asesinato, poco podía imaginar entonces que las cosas degeneraran de este modo.

—Cuento contigo si llega el momento, Steve —y Mark detuvo el coche frente a la casa de su amigo. A Steve le extrañó la oscuridad.

—Es raro, Jane suele esperarme para servirme la cena. Ella come con los niños.

Bajaron del auto y Steve cruzó el jardín.

—¡Eh! ¡Jane! —llamó alzando la voz.

Mark, tras él, miró alrededor. El silencio era absoluto. En el jardín —oscuro— tropezó con la muñeca de la niña y dio un traspié. El dueño de la casa se inclinó para recoger la causante del tropezón de su amigo.

—Es extraño. Jane recoge siempre los juguetes.

Entró en la casa por la puerta que encontró abierta.

Llamó a su mujer una vez más al tiempo que conectaba las luces. El salón quedó iluminado, pero el resto permanecía a oscuras.

Mark no cesaba de mirar en torno suyo. Todo parecía en perfecto orden.

—Voy a echar un vistazo arriba —dijo Steve subiendo las escaleras. Mark se quedó abajo y se metió en la cocina. Conocía bien la casa. No encontró absolutamente a nadie.

Al cabo de unos momentos, la voz de Steve sonó desgarrada desde el piso superior.

—¡Mark!

El abogado subió rápidamente. Steve estaba apoyado al vano de la puerta, de espaldas a su alcoba, parecía tener el estómago revuelto y realizaba un tremendo esfuerzo para no vomitar.

Mark entró en la alcoba. La luz estaba encendida.

Los ojos del abogado se agrandaron como platos. También él sintió unas terribles náuseas ante el espectáculo que se ofrecía ante sí.

Jane yacía en la cama con el cuerpo totalmente ensangrentado. Un terrible arañazo producido por una garra que nada tenía de humana le había destrozado el pecho y buena parte del vientre. Tenía los senos abiertos y los pezones prácticamente reventados.

El abogado tuvo que apartar la mirada de aquella terrible escena, mientras palmeaba el hombro de Steve, que comentó entrecortadamente:

—Igual que Emma Kowak... Es obra de la misma persona, Mark. ¡Es horrible!

Mark volvió de nuevo a la habitación y solo entonces descubrió el bulto en el suelo oculto por la cama.

—¿Qué es esto?

Al aproximarse, vio que se trataba de un cuerpo. Un hombre.

—¡Steve! —exclamó.

El dueño de la casa entró, procurando desviar la mirada del cuadro que ofrecía su mujer, brutalmente asesinada y ayudó a Mark a volver al hombre que llevaba la cara cubierta por un pañuelo y tenía los guantes puestos.

Estaba muerto.

Junto al cadáver había un revólver que Steve reconoció.

—Es mío... Lo guardaba en un cajón del armario. No entiendo qué ha ocurrido aquí. Al menos que Jane, al darse cuenta de que iban a atacarla, disparara...

—Si es así, el asesino no debió morir enseguida y tuvo tiempo de acabar con ella.

Los ojos de Steve miraban aterrorizados otro objeto que se hallaba sobre la alfombra. Lo cogió entre sus manos.

—¡No toques nada! —reconvino Mark, observando lo que su amigo tenía entre las manos.

Era una garra metálica de afiladas uñas. Un objeto que, sin duda, había servido de pisapapeles y que un asesino utilizó para despanzurrar a sus víctimas.

—Sepamos quién es —dijo Mark apresurándose a desatar el pañuelo que el hombre llevaba anudado en la parte posterior del cuello.

Cuando su rostro quedó visible, Steve lanzó una exclamación de asombro.

—¡No es posible!

—¡Aldo Shepard! —musitó el abogado, incrédulo—. Pero él no estaba en la ciudad cuando murió Emma Kowak...

—No sé qué pensar, Steve. Pero las pruebas parecen evidentes —Luego, recordó algo repentinamente. Algo que le llenó de horror.

—¡Los niños!

* * *

La búsqueda dio pronto sus frutos y los pequeños Johnny y Elaine fueron encontrados ateridos de miedo sobre el suelo de cemento del garaje.

Elaine lloraba desconsoladamente y era incapaz de articular palabra.

Johnny solo pudo balbucir:

—Era un hombre... Iba enmascarado. Se me echó encima.

—Sería conveniente que llevaras a tus hijos al médico. Han sufrido un fuerte shock —dijo el abogado—. ¡Vamos! Habrá que avisar a los agentes. Que ellos cumplan con su deber.

Steve asintió como un autómatas.

CAPÍTULO 9

EN los alrededores de las ruinas del Fuerte, con la oscuridad, muchos de los curiosos habían optado por abandonar el lugar.

Cuando el agente Brown, desde la central, llamó por radio a sus compañeros dándoles cuenta del nuevo doble asesinato, los tres agentes se pusieron rápidamente en marcha.

La voz del nuevo crimen corrió como un reguero de pólvora entre los que todavía quedaban allí, y el lugar no tardó en vaciarse por completo.

Los niños de Carson eran atendidos en la enfermería del doctor, mientras en la central, el oficial Brown murmuraba:

—Creo que estamos luchando en dos frentes distintos. Si no disponemos pronto refuerzos la situación nos va a desbordar. Debemos ser realistas, señor Daniels. Habrá que hacer un llamamiento a la gente. Tenemos nuestra propia guardia nacional.

—Espere todavía, Brown. Se supone que el asesino ha muerto. La señora Carson, al verse atacada, le disparó. Lo malo fue que Shepard, herido de muerte, tuvo tiempo de completar su hazaña.

—Entonces... ¿Usted cree que se trata de la misma persona? —y el agente recalcó—. ¿Shepard era también el que hacía desaparecer a la gente que entraba en las ruinas?

—Es posible que esta noche lo sepamos. No hay prisa. Esperaremos a que lleguen sus compañeros después de efectuar la investigación en casa de Steve Carson.

Steve era testigo de la conversación. No había querido volver a su casa y se hallaba derrumbado en una silla del rincón del despacho que ahora ocupaba el agente Brown en su calidad de oficial más antiguo de la corta plantilla de representantes de la ley.

Agnes Shepard entró en aquellos instantes. La noticia de lo ocurrido no parecía haberle afectado mucho.

—Ignoraba que mi marido llevara una doble vida —manifestó—. Después de lo que ha hecho me siento sucia por haber convivido al lado de un monstruo semejante.

Brown hizo hincapié en un detalle:

—Pero la muerte de Emma Kowak ocurrió antes de que su esposo regresara, señora Shepard.

—Quizá anduviera escondido por ahí. Era muy celoso y no me extrañaría que estuviera espiándome.

—¿Escondirse en una ciudad como esta, señora Shepard?

—En las ruinas del Fuerte, tal vez —insinuó ella.

El oficial cambió una mirada con Mark, que guardó silencio. Luego, Agnes añadió:

—Quisiera que todo esto fuera una pesadilla. Pónganse ustedes en mi lugar. No es agradable descubrir, de pronto, que una se ha acostado con un criminal de esa calaña. A menos que se trate de un malentendido, claro está. No me han dejado ir a la casa de los Carson.

—No hay ningún mal entendido, señora Shepard. Su marido estaba allí, al pie de la cama, con el rostro cubierto todavía por un pañuelo y su víctima, la señora Carson, presentaba las mismas huellas que las dos muchachas asesinadas anteriormente. Claro que hay algo que cambia las cosas. Las otras dos muchachas eran jóvenes y todo hacía pensar en un maniaco que buscaba precisamente la juventud. Jane Carson, en cambio, era madre de dos hijos. No quiero decir que no fuera joven, pero en ella no concurrían las mismas circunstancias —aclaró el abogado.

—No sé qué decirles —musitó Agnes dejándose caer en una de las sillas.

—Perdone, Brown, voy a ver qué tal anda esa investigación. Yo ya no puedo hacer, nada aquí —se volvió hacia Steve y preguntó—: ¿Prefieres quedarte?

Por toda respuesta, Steve movió la cabeza afirmativamente.

Mark salió de la Central de Policía y se dirigió primero a casa del doctor para saber cómo se encontraban los hijos de su amigo. Después, al volante de su coche, no se dirigió a la casa de los Carson, sino que enfiló hacia el río.

Cuando hubo recorrido la media docena de kilómetros, vio ante el parabrisas la silueta siniestra de aquellas ruinas que un día llevaron el nombre de Fuerte Davenport.

En el silencio de la noche y la absoluta soledad del lugar, tras los hechos ocurridos, aquellos muros de ladrillo hubieran impuesto respeto al más valiente.

Mark, sin embargo, tenía algo muy concreto que hacer allí. Algo que no había explicado a nadie.

* * *

Mientras el agente Brown seguía interrogando a la señora Shepard,

Steve interrumpió para preguntar:

—¿Puedo hablar con esas chicas?

—Por supuesto, señor Carson. Están en la celda del fondo. No es el lugar más adecuado para ellas, pero por lo menos aquí están seguras. La puerta está abierta.

—Gracias, Brown.

Steve salió del despacho y recorrió el corto pasillo hasta llegar a la última celda.

Las dos muchachas ocupaban sendos camastros donde se habían tendido, pero ninguna de las dos dormía.

—¿Molesto? —preguntó abriendo la puerta.

—No, señor Carson —repuso Myrna.

El dueño del supermercado se sentó junto a ellas. Myrna dijo:

—He oído lo que ha ocurrido a su esposa... Es terrible.

Steve asintió.

—¿Dicen que el asesino también ha muerto? ¿Es verdad?

—Eso parece. ¿Tú conocías a Aldo Shepard?

—¿Cómo iba a conocerle?

—Sí, claro. Llevas pocos días aquí.

—Una eternidad, señor Carson.

—Lo comprendo, hija... Pero dime. ¿Viste alguna vez a alguien en ese Fuerte?

—No. Ninguna de nosotras vio nada. Bueno, los otros no sé.

—Es que el abogado Daniels me ha dicho que habíais descubierto algo. Quizá ahora ya no tenga ninguna importancia, ya que el asesino ha sido descubierto, pero cabe la posibilidad de que el causante de esas muertes no sea el mismo que ha hecho desaparecer a vuestras dos amigas y al muchacho que iba con vosotras.

Myrna enmudeció, como si no acabara de comprender a Carson. La idea de que existieran más asesinos le ponía la carne de gallina y pensaba en sus amigos desaparecidos.

De repente, pareció recuperar el habla.

—El señor Daniels pareció darle mucha importancia al botón que encontró Connie.

—¿Qué botón?

—Un botón del uniforme de un policía.

—¡Oh, sí! Recuerdo que estaba en el suelo. Pero ¿qué importancia puede tener un botón?

—Connie creyó que lo había perdido el agente que estuvo en su casa hablando con él.

—¡Ah! Pero sigo sin entender.

—Resulta que el señor Daniels habló con ese agente y no había perdido ningún botón.

—Francamente, no...

—Sí, señor Carson, yo tampoco lo comprendo, pero parece que para el señor Daniels eso tiene mucha importancia —confesó Myrna—. ¿Lo entiende usted?

—No. Pero me gustaría hablar con Mark sobre esto. En fin, no te molesto más.

Myrna sacó el botón del bolsillo de su pantalón vaquero y lo miró extrañada.

—¿Es este? —preguntó Carson.

—Sí.

—¿Te dijo algo Connie cuando te lo dio?

—No, solo que lo había encontrado sobre la alfombra y lo dejó encima de la mesa del teléfono.

Carson abandonó la celda y volvió al despacho de Brown cuando este había dado por terminado su interrogatorio a la señora Shepard.

Delante de todos, Carson y Agnes se limitaban a saludarse como si solo se conocieran de vista, a fin de no despertar sospechas con respecto a sus amores clandestinos. Ahora, al encontrarse en la puerta del despacho, se limitaron a intercambiar una mirada silenciosa. Ella dijo simplemente:

—Buenas noches —y él replicó con un leve movimiento de cabeza. Luego se encaró con el oficial.

—¿Qué sabe de ese botón, Brown?

—¿De qué diablos me está hablando, Carson? ¡Oh, perdone! Tengo un montón de trabajo. Pero comprendo su estado. ¿De qué botón me habla?

—Creí que Daniels le había dicho algo. A mí acaba de contármelo esa joven... Myrna, pero no quiero molestarle. Hablaré de ello con Daniels.

Brown le miró un instante y preguntó:

—¿Puedo hacer algo por usted?

—Gracias. Me instalaré en la tienda. Ahora no podría volver a casa. Si necesitan de mí, ya saben dónde encontrarme. Dudo de que pueda dormir esta noche. Quisiera estar lejos, muy lejos.

—Le comprendo, Carson y... lo siento. Si quiere quedarse aquí hasta que le apetezca, puede hacerlo. A mí no me estorba.

Antes de que Steve Carson pudiera contestar, sonó el teléfono, que Brown descolgó enseguida.

—Aquí el oficial Brown. ¿Quién llama? ¡Oh, señor Daniels! ¿Qué se le ofrece?

El oficial permaneció un buen rato escuchando a su interlocutor y al final replicó:

—Sí. De acuerdo, pero esto es imposible en estos momentos. Estoy solo. Los otros todavía no han regresado de la casa de los Carson.

Nueva escucha por parte del agente, que nuevamente volvió a intervenir.

—Sí, claro. Lo comprendo. ¿Quién? ¿El señor Carson? Sí. Está aquí. Conmigo. Pero yo no puedo autorizar esto, señor Daniels. ¡Naturalmente que comprendo su punto de vista!

Daniels seguía hablando a través del hilo, pero su voz no llegaba con la suficiente nitidez para que Steve Carson pudiera oír lo que estaba diciendo.

Brown contestó:

—Es una responsabilidad muy grande llevar a esta niña a las ruinas. Además, yo creo que deberíamos esperar. Tenemos a Shepard. ¡Oh, claro que no puede hablar, pero es evidente que se trata de un asesino! Ningún hombre acude a una casa con el rostro oculto con buenas intenciones. Y no se olvide del pisapapeles en forma de garra. Estoy seguro de que cuando se hagan las comprobaciones, sabremos que ese objeto es el mismo que utilizó el asesino para matar a las otras chicas...

Otra larga escucha y un mohín de disgusto por parte del oficial.

—Sí... claro... claro, puede tratarse de otro asunto, pero lo de llevar a la muchacha. ¿Carson? Se lo preguntaré. Espere un momento, señor Daniels.

Brown apartó el auricular de la oreja y se encaró con el dueño del supermercado.

—Parece que Daniels tiene una pista, pero necesita a Myrna. Dice si usted puede llevarla. Se trata de ir al Fuerte. Naturalmente debemos preguntarle a ella si no tiene ningún inconveniente. No me gusta esto. Es una menor... ¿Qué opina, Carson?

—Que tiene usted razón, Brown. Las muchachas están bien donde están. Pregúntele a Daniels dónde se encuentra.

—Señor Daniels, el señor Carson quiere saber dónde está usted.

Tras recibir la respuesta, el policía musitó:

—En una cabina pública, a mitad de camino de aquí.

—Déjeme el teléfono, Brown, por favor.

El oficial le pasó el auricular.

—Mark, soy Steve. ¿Me oyes?

—Sí —repuso la voz del amigo al otro lado de la línea.

—Nos encontraremos en las ruinas. ¿De acuerdo?

—¿Traerás a Myrna?

—No, Mark, no quiero arriesgarla, pero si tienes alguna pista, espero poder ayudarte.

—Sí. Ya sé que es arriesgado traer a Myrna, pero en fin... no puedo aceptar solo esa responsabilidad.

—Enseguida estoy contigo, Mark —y Steve Carson colgó. Miró al policía y pidió—: ¿Puede prestarme un arma? Un revólver o una pistola.

Brown lo pensó unos instantes, pero al fin accedió. De un cajón inferior de la mesa sacó un «Colt» y lo ofreció a Carson.

—Tenga cuidado, está cargado.

—Eso espero. Sin munición no serviría para nada.

—¡Oiga! ¿Van a entrar ustedes a ese Fuerte?

—No sé lo que se propone mi amigo, pero si hay que entrar! esté seguro que lo haré. No creo en paparruchas. No hay un solo fantasma que se resista a una bala del 38.

—¿Y qué me dice usted las cuatro personas que han desaparecido?

—He estado pensando en ello, Brown, y la explicación me parece muy clara... Imaginemos a un hombre que por los motivos que sea, asesina a un par de mujeres utilizando un pisapapeles en forma de garra. A la primera de esas mujeres le roba un collar de bisutería, algo sin valor pero que él quiere guardar por razones de todos desconocidas. Pero no se atreve a tenerlo en casa por si sus sospechas recaen en él y la Policía hace un registro. Por el mismo motivo también necesita esconder ese pisapapeles y busca un lugar seguro donde nadie pueda encontrarlo y se le ocurre que ese sitio puede ser el viejo Fuerte en ruinas...

Tras una pausa que el oficial se abstuvo de interrumpir, Carson prosiguió:

—Por una casualidad en el momento de esconder todo esto entra una muchacha, Melanie, la primera de las excursionistas que desapareció. Esa chica descubre al hombre. No sabe que es un asesino, pero sí sabe que ha escondido alguna cosa por lo cual el asesino se ve en peligro y no tiene más remedio que matarla. Es un crimen que el asesino no quiere cometer, pero que las circunstancias le obligan...

—¿Y por qué no encontramos su cadáver?

—Porque no quiere dejar ninguna huella y puesto que no lo ha visto nadie, decide llevárselo.

—¿Para enterrarlo?

—Para esconderlo en algún lugar. Tenemos grandes extensiones de terreno por las que jamás cruza nadie. Vivimos en el Estado menos poblado de la Unión.

—¿Y los otros? Siga...

—Luego le toca el turno al joven. Quiere investigar por su cuenta y sus pasos le llevan al Fuerte. Descubre algo y corre la misma suerte que su compañera.

—Pero después de esa desaparición, todo el mundo sabe que el misterio está en el Fuerte —objetó Brown.

—No es culpa del asesino. Otra vez ha tenido que obrar forzado. Y así llegamos al jefe Lamber. Lamber intuye que quedándose solo entre aquellas ruinas llegará a descubrir la verdad. El asesino está al acecho. Puede que nuestro jefe llegara a descubrir algo o puede que antes de lograrlo surgiera de improviso el misterioso criminal y acabara con él. Pudo obrar en la más completa impunidad puesto que nadie había vigilado el lugar.

—Su razonamiento parece lógico hasta cierto punto. Ya habíamos

pensado en ello, no crea...

—No he terminado. Vamos con Connie. Connie, tal como me confesó Daniels, sin ella sospecharlo, había dado con una pista y el asesino lo sabía, por ello la llamó por teléfono para atraerla al Fuerte, de donde ya no volvió a salir por su propio pie.

Carson se tomó un respiro para concluir.

—La última hazaña de nuestro personaje fue desgraciadamente el asesinato de mi esposa, pero ella logró defenderse y acabó con él. Y esto es todo, Brown. No hay que darle más vueltas. El tipo que ha estado sembrando el pánico en nuestra ciudad ya ha muerto.

—Sí. Parece lógico pensarlo así, pero Daniels tiene otras ideas que no ha concretado demasiado bien. Se ha tomado muy en serio esta investigación.

—Pienso lo mismo que usted, Brown. Ha dicho las palabras precisas. *Demasiado en serio.*

—Yo me refería a... Pero ¿dónde quiere ir a parar, Carson?

—Ojalá lo supiera...

—¡Un momento! Usted acaba de exponer una hipótesis que me parece acertada. El asesino ha muerto. ¿O no me ha contado todo lo que piensa?

—No sé qué decirle. Me parece todo tan diabólicamente rebuscado.

—Hable, Carson. Diga lo que piensa. Mañana, cuando llegue el alcalde querrá ver los informes. Su ayuda puede serme muy útil. ¿Sospecha acaso de Daniels? Sería absurdo, ¿no?

—Mark es un buen amigo mío... y lo era de mi mujer. Sí, sobre todo de Jane. ¿Sabe usted que la conoció antes que yo? Ella también procede de Colorado. Como Mark.

—¿Y bien?

Steve Carson se tomó unos segundos como si estuviera deliberando mentalmente.

—Sé que estuvieron enamorados... Yo paso mucho tiempo en el supermercado, solo. Sé que él va a mi casa para hablar de unos asuntos relacionados con una herencia de Jane...

Hizo una pausa que el oficial aprovechó para inquirir:

—¿Acaso sospecha...?

—Oh, Brown...! Yo no sospecho nada. Es... otra hipótesis. En mis pocos ratos libres he leído algunas historias de crímenes... Algunos asesinos para encubrir su delito principal cometen otros. Al principio, todo el mundo pensó que un maniaco sexual andaba suelto. Un sádico al que le gustaban las jovencitas. De pronto muere mi... pobre esposa. Forzosamente el asesinato hay que atribuirlo a la misma persona, a ese maniaco —carraspeó para proseguir—: Todo coincide, ¿no? Pero ¿quién nos asegura que la única persona que el criminal deseaba eliminar de veras no era Jane? Las otras solo sirvieron para encubrir el último asesinato.

—Entiendo, Carson, pero ¿qué pinta en eso Aldo Shepard?

—Muy sencillo. El asesino es un hombre listo. Llama a Shepard para que acuda a mi casa. Le da cualquier excusa y cuando Shepard acude él le mata y le anuda ese pañuelo en el cuello y deja el pisapapeles en forma de garra en el suelo.

—¿Y para matarlo utiliza un revólver de usted?

—Exactamente. Lo hace así para que todos crean que ha sido Jane la que le ha disparado y que «él», antes de morir, ha tenido tiempo de terminar su obra. De este modo cesan las investigaciones porque todo el mundo cree que el criminal ya ha muerto.

—No está mal ideado, Carson. Pero lo del Fuerte...

—Lo del Fuerte dejémoslo igual que en la primera versión. Tiene que deshacerse de esas cuatro personas para que no le descubran...

—¿Y piensa usted que todo esto pudo hacerlo Daniels?

—Connie, al parecer, dijo a sus compañeras que había sido Daniels quien le había llamado. ¿Y cómo sabía la muchacha dónde tenía el abogado guardada la bicicleta? Solo pudo decírselo el propio Daniels, ¿no?

El oficial quiso atajar a Carson, pero este prosiguió:

—Luego está lo del botón.

—¿Qué pasa con ese dichoso botón?

—Pertenecía a un uniforme de la Policía. Connie pensó que se le había caído al agente que estuvo hablando con Daniels, pero luego se comprobó que a ese agente no le faltaba ningún botón.

—¿Quiere usted decir que...? ¡Dios mío!

—Lo ha adivinado, Brown. Ese botón pertenecía a Lamber. ¿Cómo pudo llegar hasta la casa de Daniels?

—¡Fantástico!

—Solo el asesino podía guardarlo. Posiblemente después de matar a Lamber recogió el botón y lo guardó en el bolsillo y luego, por algún motivo, se le cayó en su casa. Debió darse cuenta de ello y decidió eliminar a Connie... que sin ella sospecharlo, acababa de descubrir la primera pista importante.

—Si quería eliminar a esa chica, podía haberlo hecho sin llevarla al Fuerte.

—¿Y dónde iba a hacerlo, en su propia casa? No, Brown. Si ya habían empezado esas misteriosas desapariciones tenían que continuar. Así, todo seguía tan misterioso como al principio.

Brown quedó largamente pensativo. Luego dijo:

—Ahora Myrna y Debra lo saben también. Pueden correr peligro.

—¿Por qué cree que Daniels quería que la llevara conmigo?

—Se me hace difícil pensar que todo lo que usted acaba de decirme pueda ser cierto.

—Es solo una sospecha. Pero no tema por las muchachas. Ahora lo sabe

usted también. Tendría que eliminar a demasiada gente. De todos modos me gustaría equivocarme. Mark es un buen amigo. Quizá sea mejor no comentar esto con nadie... hasta ver el desenlace —y se dirigió hacia la puerta.

—¿Acudirá usted a esa cita con él?

—Ahora mismo.

—No debería ir solo.

—Si trama algo y me ve acompañado no se atreverá a hacer nada. Es mejor que no haya testigos. Yo sé defenderme. No olvide, Brown, que si mis sospechas son ciertas, tengo motivos para hacerle pagar todo esto.

—¡Cuidado, Carson! No cometa ninguna locura.

—Descuide, Brown. Descuide.

Y Steve Carson salió a la calle.

El oficial descolgó el teléfono y marcó un número.

CAPÍTULO 10

LAS ruinas del Fuerte estaban allí, silueteadas por la plateada luz de la luna, fieles guardianes de un secreto todavía no desvelado.

Cuando Steve Carson bajó de su coche blanco, miró en torno suyo y vio que todo se hallaba desierto. No había el menor rastro del automóvil de Mark Daniels.

En medio de aquel silencio, el dueño del supermercado se dirigió al lugar donde se levantaba la tienda de campaña al lado de la «roulotte». Allí se encontraba también el coche de los excursionistas.

Lo revisó todo. Estaba tal como lo dejaron los infortunados excursionistas. Tampoco allí podía apreciarse rastro alguno de vida. Mark no estaba.

Steve se aproximó a la orilla del río y anduvo medio kilómetro aproximadamente, pisando el césped hasta situarse a la parte posterior del Fuerte, a unos trescientos metros de distancia de los muros traseros.

La silueta de aquellas ruinas continuaba perfilándose, negruzca por la parca iluminación que recibía procedente de los reflejos de la luna. El dueño del supermercado parecía estar midiendo el terreno palmo a palmo, sin olvidar de volverse de cuando en cuando para asegurarse de que el lugar seguía envuelto en la más completa soledad.

Sin prisas, como si tuviera todo el tiempo del mundo por delante, dio un rodeo a la vieja edificación hasta situarse justo en el centro de lo que en tiempos había sido la puerta principal. Entonces sacó el revólver que le había facilitado el agente Brown y cruzó aquel simbólico umbral para avanzar ya dentro de la antigua fortaleza.

Aguzando los oídos intentó percibir el más mínimo rumor, que no se produjo. Sus ojos trataban de taladrar la oscuridad de las zonas próximas al muro, que pillaban a contraluz la claridad de la luna.

Prácticamente registró palmo a palmo toda la plaza principal, hasta llegar a las antiguas caballerizas para continuar por encima del entarimado y plantarse a la puerta de la cantina.

Cuando se decidía a entrar, creyó oír el gruñido de una de las tablas del

piso. El ruido procedía de la parte interior. Amartilló el revólver y aguzó todavía más el oído. Sus sentidos estaban a la máxima tensión. Esperó un segundo ruido que no llegó a producirse.

¿Qué había sido aquello? ¿Acaso el gruñir natural del viejo maderamen? ¿O tal vez... alguien estaba al acecho en el interior casi totalmente oscuro de aquella edificación?

Aguardó unos instantes antes de decidirse a dar el primer paso. Poco después, las sombras del local le engulleron completamente.

Cualquiera en el lugar de Steve se hubiese sentido aterrorizado. Si el dueño del supermercado sintió algún escalofrío, supo disimularlo perfectamente y sus pasos sonaron pausados en medio de aquel recinto lúgubre del que nadie había vuelto a salir jamás en los últimos días, desde la llegada de los excursionistas.

En la parte exterior, fuera de aquellas misteriosas ruinas depositarías del misterio que mantenía en vilo a la pequeña ciudad, destacaba la blancura del coche de Steve. La soledad, una vez más, era la nota predominante, conjuntamente con el absoluto silencio. Solo aquel automóvil blanco era la única señal física de la presencia de un ser humano. Más lejos, la tienda, la «roulotte» y el coche de los excursionistas eran otros tantos mudos testigos de una secuencia sin palabras.

Solo adentrándose en la plaza del Fuerte era posible escuchar muy tenuemente el ruido de las pisadas del hombre.

Quizá en aquellos instantes, Steve se estaba preguntando dónde se encontraba su amigo Mark Daniels y por qué le había citado allí. En cualquier caso y tras la conversación telefónica sostenida entre los dos hombres, resultaba sumamente extraño que el abogado no diese la menor señal de vida en el lugar.

Steve era consciente de aquel misterio y por eso se movía allí, en medio de las tinieblas, con el revólver amartillado en la mano.

Luego...

* * *

Para los cuatro agentes del desaparecido Lamber, aquel había sido un día particularmente agitado, un día al que siguió una noche de trabajo extraordinario y poco habitual en una localidad pequeña como aquella, en la que jamás antes de entonces había ocurrido nada que revistiera especial interés.

A primeras horas de la mañana de otro día que prometía ser tan caluroso como los anteriores, Brown, que no había tenido tiempo de pegar un ojo en toda la noche, se hallaba junto con un compañero al lado del coche blanco del dueño del supermercado, frente a las ruinas del Fuerte.

—¿A qué hora se fue? —inquirió el compañero de Brown.

—Eran casi las once de la noche.

El agente miró hacia las ruinas, bañadas ahora por los rayos del sol que caían sobre toda la explanada.

—¿Tú qué crees?

—No lo sé.

—¿Y si entramos?

Brown dudó unos momentos. Antes de que pudiera replicar, apareció un automóvil gris metalizado que se dirigía hacia ellos. Los dos policías se volvieron hacia el vehículo que se detuvo a escasos metros.

Agnes Shepard se apeó y lanzó una mirada al automóvil de Steve Carson y luego miró a los dos agentes.

—¿No es el coche del señor Carson?

—Así es, señora Shepard —respondió el oficial.

Tras un silencio durante el cual los dos agentes observaban fijamente a la recién llegada, ella inquirió:

—¿Qué ocurre? ¿A quién le ha tocado el turno esta vez?

—Se supone que Steve Carson llegó aquí poco después de las once de la noche. No hemos vuelto a verle.

—No es posible —murmuró ella, volviendo sus ojos hacia las ruinas del Fuerte.

—No hemos vuelto a saber nada de él —y a continuación añadió—: Ni del abogado Daniels.

La mujer no supo qué contestar y se produjo un embarazoso silencio que cortó el oficial Brown para preguntar:

—¿Qué ha venido usted a hacer aquí tan temprano?

—Son las siete —repuso ella—. Después de lo ocurrido no he podido dormir en toda la noche. ¿Lo comprenden, no? Me apetecía un baño. Me gusta sentir el agua fría en mi cuerpo. Suelo venir algunas veces por aquí.

—Lo sabemos, señora Shepard —repuso Brown—. La última vez que usted estuvo aquí, desapareció ese muchacho que acompañaba a las chicas.

—Sí. Lo sé —repuso ella escuetamente y volvió a su pose de incertidumbre de antes, para añadir—: No me lo explico. De verdad.

—Aquí nadie se explica nada, señora Shepard —adujo nuevamente el oficial Brown—. Pero quizá no tardemos en descubrir todo el misterio. Me gustaría poder conseguirlo antes de que llegara el alcalde y los padres de esos pobres excursionistas.

El otro agente, que había permanecido mudo sin quitar ojo a aquella mujer, poseedora de un cuerpo escultural del que parecía sentirse muy orgullosa, murmuró:

—Tenemos a una persona muy querida a quién vengar. El jefe Lamber era un gran hombre.

—Sí, claro. Lo comprendo —y parecía muy nerviosa—. Bueno... Si no les importa tomaré ese baño. El agua fría me relaja los nervios. Es un gran

sedante.

Después de mirarla de pies a cabeza el oficial inquirió:

—¿Piensa bañarse desnuda, señora Shepard?

—¿Acaso le importa a usted mucho cómo yo me bañe, señor Brown? —
espetó ella mirándole con desprecio.

—Lo digo porque pronto llegarán las muchachas. Las traerá un
compañero nuestro. Vienen a recoger sus cosas para tenerlo todo listo para
cuando sus padres vengán por ellas. A usted no le gustará seguramente
tener gente a su alrededor.

—En ese caso me iré a bañar más lejos, señor Brown. Efectivamente no
me gustan los mirones —y dicho esto se metió nuevamente en su coche
que puso en marcha rápidamente para alejarse hacia el río para proseguir
a lo largo de la orilla. Cuando se detuvo, estaba ya muy lejos del Fuerte y
de toda posible mirada indiscreta.

Muy poco después llegó otro coche oficial conducido por un agente. En
la parte trasera viajaba la joven Myrna, que al saltar echó una mirada llena
de miedo a las ruinas del Fuerte.

—¿Ha venido sola? —inquirió Brown al agente que la había llevado
hasta allí.

Fue Myrna la que contestó.

—Debra sigue en el mismo estado. A veces pienso que nunca volverá a
ser la misma. Parece hallarse a miles de kilómetros. Le hablo y no escucha.
No contesta a nada.

El agente que la trajo, asintió con un movimiento de cabeza.

—¡Pobre muchacha! —comentó Brown.

Luego Myrna volvió los ojos nuevamente hacia la siniestra edificación
en ruinas.

—¡Es terrible!

—No pienses más en ello, Myrna —murmuró Brown golpeándole el
hombro—. Anda, te ayudaremos a recoger las cosas y luego volverás a la
ciudad. Acompáñala, Smithy.

Smithy era el agente que la había llevado en el coche y le hizo un
ademán para que volviera a subir, puesto que el campamento estaba a casi
un kilómetro, aunque en la llanura pareciera mucho más cercano, pero la
muchacha seguía con la mirada puesta en el Fuerte.

—Tendré que irme sin saber lo que les ha ocurrido a mis amigos... ¡No
puedo soportarlo, no puedo!

Un llanto de miedo y de impotencia a la vez se adueñó de la joven que
empezó a hipar mientras las lágrimas se escapaban de sus ojos.

* * *

Agnes Shepard, libre de sus ropas, desnuda como a ella le gustaba

estar, se dejaba mecer por las cristalinas aguas que bajaban en suave corriente. No obstante, el relajamiento que el baño matutino debía proporcionarle, no se sentía en absoluto tranquila. Algo la inquietaba profundamente y no podía disimular su malestar.

Mientras pensaba en aquello que la atañía tan directamente —como era la desaparición de su amante— algo se movió entre los setos de la orilla opuesta del río. Las pisadas de alguien que se movía furtivamente aplastaban la hojarasca caída de los árboles y los hierbajos que brotaban a ras del suelo.

Con un presentimiento, Agnes se volvió hacia aquel lado y permaneció inmóvil en el agua, aguzando el oído.

Una rama crujió.

Agnes, lentamente, se aproximó hacia la orilla y sin importarle su desnudez, salió a la superficie y avanzó unos pasos por el pequeño claro arenoso, en el cual permaneció escuchando durante unos segundos. De nuevo percibió aquel ruido inconfundible que delataba la presencia física de alguien. Se adentró por entre la maleza y durante algún tiempo solo pudo percibir el poderoso bombeo de su corazón, cuyos latidos amenazaban con hacerlo estallar.

* * *

Brown había dado a la joven Myrna un trago de *whisky*.

—¿Te sientes mejor?

—¡Qué malo es eso! —exclamó ella, mostrando el asco que le producía la bebida ingerida, que consiguió si no calmarla por completo, al menos hacerla reaccionar favorablemente.

Entonces surgió aquel grito lejano. Fue una especie de alarido de terror que provenía del lugar donde Agnes había dejado su automóvil.

Los tres agentes se volvieron al unísono, mientras Myrna, aterrada, buscaba una explicación.

—¡Rápido! —exclamó Brown—. ¡Ahí! —señaló el lugar aproximado de donde había partido el grito.

Los dos agentes subieron raudos a uno de los coches y emprendieron veloz huida, mientras Brown se quedaba al cuidado de la joven Myrna, que con ojos aterrados, observaba al policía.

—¡Dios mío! ¿Qué está sucediendo? —inquirió ella.

—Pronto lo sabremos. Anda. Tú y yo iremos a arreglar tus cosas y no vuelvas a mirar más esas ruinas. Te ponen nerviosa y lo comprendo.

Poco después, el policía ayudaba a Myrna a empaquetar todo lo que habían dejado esparcido en la tienda de campaña y «roulotte» respectivamente.

Myrna lloraba mientras guardaba cada una de las prendas que habían

pertenecido a sus desaparecidos compañeros de excursión. Sus manos, a veces, se negaban a moverse, se hacía un lío con la ropa mientras sus ojos, nublados por las lágrimas, lo veían todo borroso.

Tardaron unos veinte minutos en tenerlo todo listo, y luego Brown lo cargó en el coche oficial, diciendo:

—El automóvil de tu amigo lo llevarán los muchachos a la ciudad. Es posible que los padres de Paul quieran regresar con él.

Ella asintió.

De regreso al coche policial, Brown continuó diciendo:

—Esperaremos a que vengan mis compañeros. Ellos te llevarán de nuevo a la Central.

—¿Y el señor Daniels? —inquirió ella.

—Ahora no te preocupes de nada.

—¿Podré despedirme de él?

—No lo sé —respondió lacónicamente Brown. Luego consultó su reloj. Eran las 7.30.

Detuvo el automóvil en el lugar en que se hallaba antes, junto al del desaparecido Steve Carson, y permaneció en él haciendo repiquetear sus dedos en el volante.

Transcurrieron un par de minutos. El policía volvió a consultar su reloj, luego miró a la muchacha y le preguntó:

—¿Te importaría quedarte sola unos momentos? Mis hombres no pueden tardar en llegar.

—¿A dónde va usted?

—Voy a entrar ahí, Myrna —y señaló las ruinas.

—¡No lo haga usted!

—Tengo que hacerlo. Es necesario.

—No quiero quedarme sola.

—No ocurrirá nada. Te lo aseguro. No obstante... Veamos. ¿Sabes conducir?

—Sí.

—Bien. Quédate en el coche. En este coche. Cierra bien las puertas. Si dentro de... un cuarto de hora no he salido, te doy permiso para que te marches, pero estoy seguro de que mis compañeros llegarán mucho antes...

—¡Oh, señor Brown! No entre.

El policía le guiñó un ojo. Su cara risueña inspiraba confianza, pero Myrna no las tenía todas consigo.

Cuando el oficial hubo salido del coche y se alejó hacia la entrada del Fuerte, Myrna sintió un escalofrío. Aquella soledad la aterraba y presentía que Brown iba a ser una víctima más de aquellas ruinas. Imaginaba una mano invisible surgiendo de los muros, apresándolo. Aquella visión fugaz de algo que solo existía en su mente la paralizó de miedo.

Brown ya había desaparecido y avanzaba por el centro de la plaza

donde, a la altura de la fuente, podía verse todavía la bicicleta de Daniels.

Myrna cerró la puerta por dentro, tal como le había dicho el oficial, y con los ojos muy abiertos fijó su atención en las ruinas, esperando oír de un momento a otro un grito de muerte.

Otra vez, y a pleno sol, se sentía invadida de aquel pánico indescriptible que nada tenía de gratuito. Miró hacia atrás, deseando que aparecieran los otros agentes. Recordó también el grito que se había oído desde la lejanía. ¿Quién había gritado? ¿Qué era lo que estaba sucediendo en aquel lugar que parecía embrujado?

Sus ojos siguieron mirando alternativamente el retrovisor y la entrada del Fuerte.

Cada segundo que transcurría era como una pesada losa para la joven que aguardaba en el auto. Por un instante, estuvo a punto de dar la vuelta a la llave de contacto que colgaba frente a ella, colocada en la ranura, pero no lo hizo. En el fondo, y pese al horror que sentía, algo le fascinaba de aquel lugar. Aquellos muros parecían depositarios de un poderoso imán que la atraía casi de un modo sobrenatural. Quizá la causa había que buscarla en la desaparición de sus tres compañeros. Por eso ella, a pesar de sus escalofríos y su carne de gallina, continuaba allí, como fascinada.

Y mientras tanto, el oficial Brown había llegado frente a la cantina. ¡Otra vez aquel lugar siniestro!

Brown miró a su alrededor antes de cruzar el derruido umbral de la puerta de la vieja y desolada taberna.

Instintivamente se llevó su diestra a la culata del revólver que sobresalía de la funda y al fin dio el primer paso hacia el interior.

A pesar de la luz, aquellas paredes, tanto de día como de noche, habían resultado nefastas para todo aquel que estuvo entre ellas, pero aunque el policía no parecía pensar en ello, sus sentidos estaban en tensión, prestos al menor ruido, a la más ligera sospecha de que algo se produjese de forma anormal.

Se acercó al mostrador y se volvió de nuevo hacia la puerta.

Dejó transcurrir algunos minutos. Tres, cuatro tal vez.

A su espalda, bajo el mostrador, algo comenzó a moverse. Algo muy sutil que no producía el menor ruido.

No observó, porque lo tenía a su espalda y además oculto por la madera de roble, cómo las tablas se movían. Unas tablas desiguales como las que entarimaban el piso, pero que poseían un juego que se movía hacia arriba merced a unos bien engrasados goznes. Demasiado bien engrasados.

¡Era una trampa!

Bajo la cantina existía un subterráneo en el que se movía alguien.

Y la trampa comenzó a abrirse, dejando el hueco suficiente para el paso de un hombre.

De una escalera de pie, que arrancaba desde el oscuro fondo, emergió

una figura.

Brown se volvió de pronto, presintiendo el posible peligro. El revólver centelleó en su diestra y apuntó al hombre que acababa de aparecer por detrás del mostrador.

El rostro demacrado de Steve Carson miró estúpidamente al policía que le encañonaba.

—¡No! —gritó el dueño del supermercado—. ¡No! ¡Ha sido él! ¡Ha sido él!

Una fuerza oculta le empujó hacia adelante y poco faltó para que diera con la cabeza contra el mostrador.

Detrás apareció Mark Daniels, empuñando un revólver.

Durante unos segundos, se hizo un silencio que rompió Carson para instar al policía.

—¡Se lo dije, Brown! Era él... ¿A qué espera para detenerle? ¡Nos va a matar!

Entonces, la voz tranquila del abogado se pronunció:

—¿A quién pretendes engañar, Steve? Lo sabemos todo...

—¡Mentira! ¡Mentira, Brown! Yo fui a reunirme con él anoche, y como no estaba, entré en las ruinas y él me atacó. Me golpeó. Estuve sin sentido no sé cuánto tiempo...

Brown permanecía silencioso. Había enfundado ya su revólver esperando que Mark replicara algo, y no tardó en hacerlo.

—Es lo que suponíamos, Brown... Ese botón pertenecía al uniforme del pobre Lamber y solo a él pudo habersele caído en mi casa... cuando estuvo a buscarme ayer por la mañana. Debió llevarlo en el bolsillo y lo perdió. Connie tuvo la desgracia de encontrarlo en su presencia y comentarlo con él. Steve comprendió que ese botón podría acarrear su ruina, porque tarde o temprano averiguaríamos que no pertenecía al agente que estuvo antes que él en mi casa. Por eso, en vez de irse a su tienda, llamó a Connie, citándola en las ruinas con algún poderoso motivo que ya nos dirá. La hizo creer que era yo, posiblemente fingió la voz desfigurándola... Él sabía que yo tenía un trastero bajo la escalera y que allí guardaba la bicicleta...

—¡Eso no es cierto! —protestó el tendero en un último esfuerzo para ser creído.

—No te esfuerces, Steve. Quisiste utilizarme a mí después de tu primer asesinato. Pensaste que una vez libre de sospechas del primero, nadie iría ya a acusarte de los siguientes. Elegiste tu segunda víctima en la persona de esa pobre chica... y aunque en el fondo de todo ello existía una depravación sexual, tu verdadero objetivo era acabar con Jane para disfrutar tú solo de la herencia que estaba a punto de cobrar. Citaste a Aldo Shepard a tu casa y pensaste que eliminándole a él con tu propio revólver, en el que sin duda aparecerán las huellas de Jane, creeríamos lo que tú pretendiste que creyésemos. De este modo, ya nadie volvería a

buscar al asesino.

Brown intervino para aducir:

—Es exactamente la historia que me contó anoche y que tuve cuidado en grabar. Solo que en su relato él señalaba a usted como presunto culpable.

—De un modo u otro, quería que supieran su plan. A todo asesino perturbado le gusta pavonearse de su ingenio, pero no podía atribuírselo a su persona y me acusó a mí. De cualquier modo creyó que era un alarde de ingenio...

—Nunca podrás probar eso que afirmas, Mark. ¡Nadie podrá probarlo! —gritó Steve desesperadamente.

—Te he estado vigilando de cerca, Steve. Desde el hallazgo del botón que provocó la muerte de Connie... Ayer tarde, mientras asesinabas a tu esposa y a Shepard, naturalmente no estabas en la oficina del supermercado. Te llamé varias veces.

—¡Estaba en el excusado! Sabes que tengo cistitis y no puedo...

—¡Basta de mentiras, Steve! Hiciste que te acompañara a tu casa para que descubriéramos juntos los cadáveres de tu esposa y de Shepard.

—¡No! Fuiste tú quien me llamaste. Recuérдалo. ¡Fue él, Brown! Digo la verdad.

—Claro, Steve. Para saber si estabas. Por eso te llamé.

—No es cierto...

—Lo que no comprendo es cómo tuviste valor para asustar y golpear a tus propios hijos y amordazarlos y dejarlos muertos de miedo en el garaje. ¿Qué clase de hombre eres?

—¡Basta, basta! No podréis probar esto...

—Creo que no es necesario seguir —terció Brown—. Repito que él contó toda la historia, incluida la de las desapariciones ocurridas en este Fuerte. Él mismo lo confesó todo.

—¿Qué clase de trampa es esa? —jadeó, acosado, el tendero—. Usted sabe, Brown, que fue Mark quien llamó anoche en la Central pidiendo que llevara a Myrna. Quería matarla.

—Eso fue una trampa que tendiste, Steve. Brown estaba enterado de ella. Si tú hubieses aceptado acompañar a la muchacha, ella hubiera ido muy bien vigilada de cerca. Te pusimos un cepo pero no caíste en él. Seguramente adivinaste que se trataba de una aña gaza y no picaste en el anzuelo. Tu obsesión entonces era solamente librarte de mí. Claro que hubieses preferido que el asunto terminara cuando todo el mundo creyese que Shepard era el peligroso criminal... pero sabías que yo seguía investigando a causa del botón...

—... Y entonces —adujo Brown por deducción— inventó esa historia de su culpabilidad, Daniels, que en realidad no era tal historia, sino los hechos auténticos variando el nombre del criminal.

—Aún hay más, Brown. Como le dije ayer por la tarde a última hora, yo había estado leyendo algo sobre ese Fuerte. Hace más de cien años, un cargamento de oro debía cruzar esas tierras en un momento en que los cheyennes, soliviantados por falsas promesas no cumplidas, volvían a estar en pie de guerra. A tal efecto y para proteger ese oro en caso de que la guarnición del Fuerte no sobreviviese, un coronel llamado Stander, a la sazón jefe del regimiento, ordenó construir una galería subterránea para ocultar el cargamento. Luego mandó tapiar convenientemente el escondrijo, dejando únicamente una trampilla, todo lo cual resistió el paso del tiempo.

Tras una pausa, el abogado prosiguió:

«Pero todavía hay más... Más adelante, y en previsión de futuras emergencias, el ingenioso coronel Stander hizo construir un túnel que comunicara la cavidad subterránea con una salida cerca del río. Salida disimulada por las rocas y vegetación que hay en ese lugar... El túnel, como luego comprobarán, tiene un metro y medio de altura y permite perfectamente el paso de un hombre... Esa es la entrada que utilicé yo anoche, después de haber escondido mi coche a un kilómetro de aquí. Aguardé a Steve en el escondrijo y Dios sabe el calvario que pasé, porque aquí debajo está la prueba de sus crímenes. Venga, Brown.

El oficial, obedeciendo la indicación de Mark Daniels, dio la vuelta al mostrador. El abogado empujó a Steve para que pasara delante.

Bajaron a la cavidad que, aparte el vaho de humedad, dejaba escapar un olor muy característico a la vez que desagradable. Olor a muerte.

En un rincón del subterráneo, tirados unos sobre otros se hallaban los cadáveres de las cuatro personas desaparecidas; los tres excursionistas y el jefe de la policía.

—¡No! ¡No! Yo no hice esto —gritó aterrado Steve y comenzó a subir la escalera como si pretendiera huir de aquel cementerio, escapando de quienes le acusaban.

—¡Quieto, Steve! —ordenó Brown.

Pero al asomar nuevamente a la superficie, se encontró con los otros dos agentes que acompañaban a Agnes Shepard, vestida ya. Los tres le cerraban el paso.

—¿Qué significa...? —empezó Steve Carson.

—Lo siento, Steve —balbució ella—. Querían implicarme en todo esto. Si no confesaba... me habrían inculpado como encubridora.

—¿Qué es lo que has dicho? ¡Idiota! ¿No te das cuenta de que te acusarán igualmente?

El tendero ya no disimulaba. De defenderse como un perro rabioso, pasó a la más exacerbada cólera al percatarse de que ya nada podría salvarle.

Tras el grupo formado por el acorralado Steve, los policías, Agnes y

Mark Daniels apareció la figura de Myrna con los ojos nublados por el llanto.

* * *

Unos padres apenados marchaban en los automóviles que las autoridades de Cheyenne habían puesto a su disposición.

Unos ojos extraviados —los de Debra— miraban todo sin fijarse en nada, mientras el automóvil les alejaba de la ciudad.

Por fin, una mirada en la que todavía no se había borrado todo el horror decía adiós a la ciudad. Era Myrna, que ya no pensaba en pasarlo bien bailando en el dancing de la ciudad.

En el despacho, los agentes reunidos con Daniels redactaban el informe final.

—El escondrijo —decía el abogado, refiriéndose al subterráneo del Fuerte— lo descubrió Carson, según ha declarado Agnes y lo utilizaron ambos para sus encuentros amorosos. La colchoneta nueva que encontramos la trajo él del supermercado.

Brown tomó unas notas y preguntó a Mark Daniels.

—¿Y cómo se le ocurrió lo de citar a Agnes Shepard?

—Quería asegurarme bien, por si algo no salía tal y como yo había pensado. Quería que Carson no pudiera tener ninguna escapatoria. Por eso la llamé anoche, citándola para las siete en el río. Le dije que era una cosa de vida o muerte, relacionada con Carson. Como esperaba, ella acudió a la cita. Yo aguardaba al otro lado de la orilla. Se asustó mucho cuando surgió de improviso, por eso gritó. Ya contaba con ello. Era la señal para usted.

—¿Y si no hubiese chillado?

—Hubiera disparado al aire. ¿No quedamos en eso?

—Cierto —sonrió Brown—. Es usted un hombre muy ingenioso.

—El resto ya lo sabe. Fue fácil. Cuando llegaron sus hombres y yo le dije que si no hablaba sería acusada formalmente de complicidad en los asesinatos, se asustó y «cantó» de plano. Su gente, Brown, son testigos de ello. Carson ya no tiene escapatoria. Luego sabremos de dónde sacó el coche oscuro que vieron las excursionistas y el resto de los detalles. Seguro que nos lo dirá.

Lo que más parecía satisfacer a Brown de todo aquello era haber podido llegar al final sin que interviniera gente extraña a la ciudad, y por tanto podría presentar un informe completo al alcalde cuando regresara, lo cual se esperaba sucediera de un momento a otro.

Sin embargo, aquella satisfacción del oficial era solamente relativa, porque pensaba también en las vidas inocentes que había costado aquel caso, entre las cuales, para él —y para muchos— contaba de un modo especial la pérdida del *sheriff* Lamber.

Mark Daniels, terminada su intervención, salió a la calle. El sol de mediodía caía como plomo derretido sobre la ciudad.

En celdas distintas, en el interior del puesto de policía, Steve y Agnes permanecían silenciosos, pensando en su suerte, para el tendero el desencanto era mucho mayor porque sabía que se había ensuciado las manos para nada y aquello era tal vez la causa de que un marcado «tic» nervioso convulsionara su rostro.

Con los ojos perdidos iba moviendo los labios, haciendo extraños virajes. Su mente perturbada había recibido el mazazo definitivo y el «tic» se reproducía una y otra vez, mientras su cuerpo se veía sacudido por continuas convulsiones.

El abogado caminaba bajo el sol. Al pasar por delante del supermercado, que tenía echadas las puertas, saludó a grupos de personas que comentaban vivamente los últimos acontecimientos.

Se alejó calle abajo en dirección a la casa del veterano médico, donde una vieja asistenta cuidaba de los hijos del matrimonio Carson, víctimas inocentes de los macabros acontecimientos.

Ellos, los niños, solían llamarle tío Mark. Y al verle entrar se le echaron al cuello.

Fingió una alegría que no sentía, pero ellos no tenían ninguna culpa.

—¡Vamos a dar un paseo, hijos! Hace un día muy caluroso. ¿Qué tal si nos tomamos unos helados?

Las inocentes criaturas respondieron alborozadas afirmativamente.

FIN

BIBLIOTECA RAPIDA

TITULOS PUBLICADOS:

BRUJOS E ILUMINADOS
POSESOS Y EXORCISTAS
EL MERCADO DE LA MUERTE
VISITAS COSMICAS ● EL EROTISMO EN LA MITOLOGIA
LA REENCARNACION ● LO VERDADERO DE LAS PIRAMIDES
VUDU, SANTERIA Y MACUMBA ● LA NIGROMANCIA
HOMOSEXUALES Y LESBIANAS ● VISION MEDIUMNICA
LOS TEMPLARIOS ● EL HORROR NAZI ● LA HONORABLE TRATA
LOS REFORMATARIOS ● LUZ Y TINIEBLAS ● DELINCUENCIA
SUEÑOS Y VIDA ● FUEGO PURIFICADOR ● EL ANTICRISTO
LAS HUELLAS DE LA MALDICION ● PERVERSOS SEXUALES
ONIROMANCIA ● EL JUICIO FINAL ● TABUES SEXUALES
LA PENA DE MUERTE
LA INQUISICION
EL F.B.I.
LUTERO
SADISMO
SATANAS
DRACULA
EN TRANCE
EL FUTURO
EL AÑO 2001
LA TORTURA
VAMPIRISMO
LA DEMENCIA
LOS HUMANOIDES
HISTORIA DE LA C.I.A.



Pídalos en su kiosko favorito

Distribuidores exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6355 N.W. 36 Th Street

Virginia Gardens, FLORIDA 33166 U.S.A.

P.V.P. **35** PTS.